



DESPERTAR
EN LA SOMBRA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representado por primera vez en el Teatro Español [la noche del 12
de Febrero de 1881



MADRID
TIPOGRAFÍA DE GREGORIO ESTRADA
Doctor Fourquet, 7

1881

Esta obra es propiedad del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada el Teatro, de los Sres. Hijos de A. Gullon, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A LA MEMORIA

DE MI PADRE

PERSONAJES.

CONCHA.
MERCEDES.
PABLO.
CARLOS.

ACTORES.

DOÑA ELISA MENDOZA TENORIO.
DOÑA CONCEPCION MARIN.
DON ANTONIO VICO.
DON RICARDO CALVO.

La accion en Madrid. Época actual.

ACTO PRIMERO.

Gabinete elegantemente amueblado. Puertas al foro y laterales. Chimenea en el centro de la escena. Muebles de lujo.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES y CARLOS.

MERCEDES. Y qué? te gusta?

CARLOS.

Yo creo

que nos conviene ese cuarto.

Está en buen sitio: es alegre,

es cómodo y ventilado,

y para sus condiciones

yo lo encuentro muy barato.

MERCEDES. Iré despues. ¿Y tu padre

lo ha visto ya?

CARLOS.

Le he contado

lo que me gusta, y ha dicho

que hoy lo veremos despacio,

y que si tú te decides

firmará al punto el contrato.

Conque no dejes de verlo.

MERCEDES. Iré sin falta: he notado

que tu padre está impaciente

por mudarse; su despacho

cae al patio de esa fonda,

que está desde el mes pasado

en el piso principal,

y efectivamente es tanto

el ruido que arman en él
coches, mozos y criados,
que no hay jamás el silencio
que reclaman sus trabajos.
Ademas la casa es chica;
bien es verdad que pagamos
ménos precio.

CARLOS. Bah! qué importa!
el precio ya no hace al caso.

MERCEDES. Poco á poco, señor mio;
no todos son millonarios
como lo es usted! Tu padre,
aunque médico afamado,
no tiene para vivir
más que lo más necesario,
y eso despues de una vida
sin reposo y sin descanso.

CARLOS. No: su ciencia y su talento...

MERCEDES. Son públicos, es exacto;
pero el talento y la ciencia,
en los tiempos que alcanzamos,
si encuentran para vivir
es casi casi un milagro.
Tú, como un dia, de pronto,
sin siquiera imaginarlo,
te hallaste con una herencia
de dos millones muy largos,
piensas que á todos es fácil
hacerse ricos!... incauto!
El talento puede mucho,
yo no pretendo negarlo,
consigue cuanto desea
si le alienta el entusiasmo,
encuentra no pocas veces
gloria, respeto y aplausos,
mas no suele encontrar... *tias*
que dejen esos legados.

CARLOS. Pues qué!... ¿lo mio no es vuestro?

MERCEDES. No lo dije yo por tanto.

CARLOS. Ya sé que eres un buen hijo!
No hago nada extraordinario,
porque al daros lo que os debo

ni os recompenso ni os pago,
logro un deseo del alma
y cumplo un deber sagrado.
Me disteis la vida, y yo
la vida entera os consagro;
me enseñasteis á querer,
y yo aprendí para amaros;
vuestra honradez fué mi ejemplo,
y así soy bueno y honrado;
y al deslizarse mi infancia
de este hogar en el santuario,
entre caricias y besos
fué mi razon despertando.
Y al despertar tiernamente
en el nido sosegado
que la virtud y el cariño
léjos del mundo formaron,
fué tan dulce mi alegría,
fué tan grande mi entusiasmo,
que si el corazon del niño
os amó sin sospecharlo,
en el corazon del hombre
la gratitud puede tanto,
que aún pienso que os amo poco
y no sé amar más que os amo!

MERCEDES.

Eres muy bueno, hijo mio!

CARLOS.

Mi padre se acerca.

MERCEDES.

Pablo!...

(Se dirigen al foro á recibirle.)

ESCENA II.

DICHOS y PABLO, por el foro.

PABLO.

Hola!... charlando los dos?...

Estorbo?...

CARLOS

Tú?... ni pensarlo!

(Cogiéndole el baston y el sombrero.)

PABLO.

Vengo rendido!... qué dia!

MERCEDES.

Qué es eso? dónde has estado?

PABLO.

Viendo enfermos. No he tenido
en toda mi vida tantos.

Si ahora no se acaba el mundo
sospecho que hay para rato.
Mal oficio para viejo!

CARLOS.

Viejo tú?

PABLO.

Sesenta... largos!

Ya no soy el que era antes!
Me cansa mucho el trabajo!
En fin, por hoy... se acabó!
—Y Concha?

MERCEDES.

Estará en su cuarto.

CARLOS.

Cuando pasé por allí
estaba tocando el piano
y haciendo cantar al aya
para divertirse un rato.

PABLO.

Pobre mujer!

CARLOS.

La decia

que cantaba de soprano
de una manera admirable!

MERCEDES.

La compadezco!

PABLO.

Es el diablo!

CARLOS.

El aya?

PABLO.

Concha!

CARLOS.

Ah!

PABLO.

¡Confieso

que á mí me tiene embobado!

(Con expresiva satisfaccion.)

¡Y dicen que en este mundo
nadie es feliz! ¡Yo declaro
que lo soy completamente,
que logré cuanto he soñado!
¡Tengo lo que necesito
para vivir con descanso,
una mujer... que es un ángel,
dos hijos... que son mi encanto,
un nombre que se respeta
y la paz del hombre honrado;
si yo ambicionára más
debían molerme á palos!
Pero basta, que os estoy
engriendo demasiado
y no conviene...

CARLOS.

Por qué?

- Pues tu bien todos ansiamos,
ya que así lo conseguimos
déjanos saborearlo,
que quien su tesoro oculta
empieza por ser avaro.
- PABLO. Adulador! (Abrazándole.) Ven acá!...
Eres todo un buen muchacho!
- CARLOS. De véras?
- PABLO. (Sonriendo.) Así te quiero!...
Eh!... basta ya de arrumacos!
—¿Sabes que he visto la casa
que digiste?
- CARLOS. Y te ha gustado?
- PABLO. Mucho. (Volviéndose hácia Mercedes.)
Debes ir á verla
á ver si al fin nos mudamos.
Con tal de huir del barullo
de la fonda que hay abajo,
soy yo capaz de meterme
en un sobre-sotabanco!
—Pero esa chica no viene?
Concha... (Llamándola.)
- CONCHA. (Dentro.) Allá voy!... Bravo! bravo!
(Aplaudiendo.)
- PABLO. Habrá hecho alguna diablura!
Soy muy capaz de apostar!

ESCENA III.

DICHOS y CONCHA, por la izquierda.

- CONCHA. (Mirando hácia dentro.)
Bien!... muy bien!...
- PABLO. No lo decia?
- CONCHA. Sublime! (Aplaudiendo.)
- PABLO. Qué estás charlando?
- CONCHA. Estaba el aya cantando
el *rondó de la Lucía!*
- CARLOS. Y te diviertes en eso?
- CONCHA. No censure usted á su hermana!
(Volviéndose hácia Pablo.)
Caballero!... esta mañana

se fué usté sin darme un beso!
¡Me tiene muy ofendida
esa conducta imprudente,
y exijo inmediatamente
una explicacion cumplida!
Mi dignidad la reclama!
Pero que á nadie respetes!

CARLOS.
CONCHA. (Remedándole con mucha gracia.)
¡Pero que siempre te metes
en donde nadie te llama!
Ay, Jesús! qué tarabilla!
(Es el diablillo más mono!...)

PABLO.
CONCHA. Pues!... ¡como no me doy tono
me ve como á una chiquilla!
(A Mercedes.)
Y la culpa es tuya sola!

MERCEDES.
CONCHA. Mia?
Tal es la verdad.
¡Otras chicas á mi edad
ya están vestidas... de cola!
Francamente, es un oprobio
que de esta manera siga.

PABLO.
CONCHA. Vaya!
¡Yo tengo una amiga
que ya tiene cola... y novio!

PABLO.
CONCHA. Qué entiendes tú de esos trotes!
¡Yo voy con ella á paseo
y casi siempre le veo! ...
Tiene lentes!... y bigotes!

PABLO.
CONCHA. Pero muchacha!
¡Y la espera
paseándose en el Prado! ...
Y cuando pasa á su lado
la mira de una manera! ...

CARLOS.
MERCEDES. Esta chica está endiablada!
Mujer!...

PABLO.
CONCHA. Vaya unos primores!
Y él la dice muchas flores! ...
y ella se pone encarnada!
¡Se la encienden las mejillas
como si fueran de fuego! ...
pero ella me ha dicho luégo

- se fué usté sin darme un beso!
¡Me tiene muy ofendida
esa conducta imprudente,
y exijo inmediatamente
una explicacion cumplida!
Mi dignidad la reclama!
Pero que á nadie respetes!
- CARLOS.
CONCHA. (Remedándole con mucha gracia.)
¡Pero que siempre te metes
en donde nadie te llama!
Ay, Jesús! qué tarabilla!
(Es el diablillo más mono!...)
- PABLO.
CONCHA. Pues!... ¡como no me doy tono
me ve como á una chiquilla!
(A Mercedes.)
Y la culpa es tuya sola!
- MERCEDES.
CONCHA. Mia?
Tal es la verdad.
¡Otras chicas á mi edad
ya están vestidas... de cola!
Francamente, es un oprobio
que de esta manera siga.
Vaya!
- PABLO.
CONCHA. ¡Yo tengo una amiga
que ya tiene cola... y novio!
- PABLO.
CONCHA. Qué entiendes tú de esos trotes!
¡Yo voy con ella á paseo
y casi siempre le veo!...
Tiene lentes!... y bigotes!
- PABLO.
CONCHA. Pero muchacha!
¡Y la espera
paseándose en el Prado!...
Y cuando pasa á su lado
la mira de una manera!...
Esta chica está endiablada!
- CARLOS.
MERCEDES. Mujer!...
- PABLO.
CONCHA. Vaya unos primores!
Y él la dice muchas flores!...
y ella se pone encarnada!
¡Se la encienden las mejillas
como si fueran de fuego!...
pero ella me ha dicho luégo

- MERCEDES. que eso es de mentirijillas.
Jesús!...
- CONCHA. Que es para que él lo crea. Si eso es divino! Él es un pollo muy fino! Vaya!...
- CARLOS. Se llama Manuel!
Y es de los más elegantes!
Lleva—y eso lo declara—
guantes... lilas!
- PABLO. Ya!
- CONCHA. Y la cara muy parecida á los guantes!
- PABLO. Sí, eh?... Pues son deliciosas las escenas!
- CARLOS. No verás más á esa amiga!
- CONCHA. Además...
- PABLO. Eh!... basta ya de esas cosas!
- CONCHA. Te vas á enfadar conmigo?
- PABLO. Es preciso ser severo!
- CONCHA. Bueno!... Pues ya no te quiero! anda! (A Pablo.)
- CARLOS. Si es el enemigo!...
- CONCHA. Y ya que así te complaces no te vuelvo á dar un beso!
- PABLO. Con que no? eh?
- CONCHA. Lo que es eso!... —En fin: hagamos las paces.
- MERCEDES. Zalamera!...
- CONCHA. (Abrazando á Pablo.) Se acabó!
- CARLOS. Digo!... miren la tontuela!
- CONCHA. Miren el maestro... Ciruela! Envidioso!... rabia!
- CARLOS. (Riéndose.) ¡Yo!
- CONCHA. Está celoso! (A Pablo.)
- PABLO. De quien?
- CONCHA. De que me quieras así! Como si al quererme á mí no le quisieras también!
- PABLO. Tonta!...
- CONCHA. Lo digo de veras!

No lo ves siempre á tu lado?
Es que él es interesado:
te quiere... porque le quieras!
Ese su carácter es!
Yo, en cambio, no soy así:
yo te quiero... porque sí;
sin ambicion ni interes.
Aunque dejases un dia
de amarme, siendo yo buena,
me moriria de pena,
pero siempre te querria!

CARLOS. (A Mercedes, riéndose de verlos así.)
En poniéndose los dos
de la manera que están,
hay que dejarlos!...

(Se dirigen hácia el foro.)

CONCHA. (En tono festivo.) Se van?...
Vayan benditos de Dios!

CARLOS. Voy á casa de Belen...

MERCEDES. Tengo un encargo que darle:
si tú quisieras llevarle...

CARLOS. Ah! los dibujos...

MERCEDES. Sí.

CARLOS. Bien.

MERCEDES. Ven á mi cuarto conmigo.

CONCHA. Y se van sin despedirse!

Me gusta el modo de irse!

(A Carlos en tono de broma.)

Vaya usted con Dios, amigo!

Oye. (Dirigiéndose corriendo hácia la puerta.)

PABLO. Dónde vas ahora?...

CONCHA. A despedir á mi hermano!

(Saludándole con graciosa coquetería cerca de la
puerta.)

Jóven!... Beso á usted la mano.

CARLOS. (En el mismo tono.)

A los piés de usted, señora.

(Mercedes y Carlos se retiran por la segunda puer-
ta de la izquierda.)

ESCENA IV.

PABLO y CONCHA.

CONCHA. Se marchan!... Bien! no me inquieto!
estando yo junto á tí!

PABLO. De véras?

CONCHA. Siéntate aquí.

(Acercando un sillón y sentándose ella á sus piés
en un taburete.)

Eh!... qué tal? cuadro completo!
Mi padre en su gran sitial,
y yo... á sus piés!

PABLO. Ya estás buena!...

CONCHA. Esto parece una escena
de un drama sentimental!

—Ahora... charlemos.

PABLO. Ya escucho.

CONCHA. Pero no te has de aburrir!...

PABLO. Bien: qué me quieres decir?

CONCHA. Nada... que te quiero mucho!

(Con viva expresion de cariño.)

PABLO. Ya se yo lo que deseas.

CONCHA. Quererte siempre!

PABLO. Sí, sí:

con cuatro mimos así
me engañas y me mareas.
Y en tu astucia peregrina,
á mi pesar enredado,
voy ya, de puro embobado,
poco ménos que en berlina.

CONCHA. (Con sentida expresion.)

¿Te enoja quererme bien?

Tontuela!...

PABLO. Qué picardia!

CONCHA. (Con amor.)

PABLO. ¿Pues no eres tú mi alegría,
y mi esperanza, y mi eden!

Lo eres... desde que naciste!

CONCHA. ¿Desde que nací!... bah! bah!

¡y yo era una vieja ya

cuando tú me conociste!

Casi hago de ello memoria!

PABLO. Tú vieja?
CONCHA. Un año... cumplido!
PABLO. Casi una anciana!
CONCHA. No olvido
ni un detalle de la historia.
Con tu famosa excursion...
PABLO. ¿A qué viene recordar...
CONCHA. (Con viva alegría.)
Ya tenemos de qué hablar!
Cuéntame tu expedicion.
PABLO. ¿Otra vez! van más de cien...
CONCHA. Siempre dices, á tu modo,
algo nuevo... y sobre todo
como lo dices tan bien!
PABLO. Si ya olvidé...
CONCHA. Buen olvido!
PABLO. Y tú en cambio qué me das?
CONCHA. Yo empiezo y tú seguirás.
Te conviene?
PABLO. Convenido.
CONCHA. Pues señor—de cuento vá—
un médico... *comm' il faut*,
(éste eres tú) se casó
con una joven, (mamá.)
Si no me engaña mi cuento
ó no estoy en un error,
él era todo todo un señor
que frisaba en los cuarenta,
mientras ella escasamente,
en años bien juveniles
contaba sus quince abriles
(como yo precisamente.)
Rendidos galan y bella
se unieron... yo no sé cuándo;
(Asaltada de pronto por una idea.)
oye, papá: estoy pensando
que eras muy viejo para ella!
PABLO. Muchacha! Qué atrocidad!
CONCHA. Soy franca: en eso pensaba.
Lo que es yo no me casaba
con un hombre de esa edad!
Hay mucha desproporcion;

PABLO.
CONCHA.

yo quisiera un pollo... atento.
Niña!...

Sigamos mi cuento.

Bendijo Dios esa union,
y dió con pródiga mano
dichas á su amor profundo;
poco despues vino al mundo
un caballero (mi hermano).
Pasó el tiempo, y ya tenía
seis años el tal amigo,
cuando lo llevó consigo
á Zaragoza su tia.
La misma tia Teresa
á quien despues ha heredado.
¡Si á mí me hubiese tocado
alguna tia como esa!
Debió ser... angelical!
Mujer!...

PABLO.
CONCHA.

Dios la tenga en gloria.

Pero acabemos la historia,
que ahora entra lo principal.
Es la parte terrorífica
que hará temblar á los bronces!...
Proyectóse por entónces
una expedicion científica
que en Francia se organizó
por varios sabios franceses,
rusos, polacos, ingleses,
alemanes... qué sé yo!
Todos al temor ajenos
partieron, tras dichas tantas,
á buscar... no sé qué plantas
al Africa nada ménos.
Ya eran muchos los doctores,
cuando al pasar por acá
se le antojó... á mi papá
irse con esos señores.
Mamá se opuso: lloró,
le dejó ver su quebranto;
mas él, sin mirar su llanto,
no hizo caso y se marchó.
Perdido andaba en mal hora

por seguir aquella racha,
cuando nació... una muchacha!
(ésta es una servidora).

Y como estaba perdido
y ni siquiera escribía,
es claro que él no sabía
ni que yo hubiese nacido.

En vano con interés
nuevas tuyas se buscaban;
y así los días pasaban,
y pasó un mes... y otro mes.

Y constantemente así
mamá te estuvo esperando
más de dos años, llorando,
sin saber nada de tí.

Hasta trajo... no sé quién,
periódicos que dijeron
que en la expedición murieron
bastantes... y tú también!

Ya te puedes figurar
lo que mamá padeció!
Cuando la hablo de esto yo,
siempre se pone á llorar!

Se agita tanto en su mente
el recuerdo no borrado,
que más que dolor pasado
es amargura presente!

Mas como el cielo responde
y no es sordo á la agonía,
por fin escribiste un día...

—no me acuerdo desde dónde;—
y mamá te contestó
diciéndote, que ocho meses
después de tantos reveses
había nacido yo!

Y tú volviste!... (Con alegría.)

PABLO.

(Interrumpiéndola con viva satisfacción.)

Es verdad!

Tras dos años de pesares,
al volver á mis hogares
hallé la felicidad!

Rendido, desesperado,

en largos días sin cuento
volaba mi pensamiento
á mi hogar abandonado;
y al buscar en torno mio
con quien partir mis enojos,
sólo encontraban mis ojos
la soledad y el vacío!
Siempre tristeza y calor!
Siempre á solas con mis penas
en las tostadas arenas
del desierto abrasador!
Al verme sólo y sin calma
buscando á mis ansias puerto,
más grande que aquel desierto
era el desierto de mi alma!
Mas ¿qué no alcanza el que espera?
Uní de nuevo estos lazos,
y al estrecharte en mis brazos
puse en tí la vida entera!
Ví que el pesar siempre acaba;
que no hay más bien que el amor;
y hasta bendije el dolor
que tal placer me guardaba!
Porque los males aquellos,
unidos al tiempo aleve,
fuéron cubriendo de nieve
mis ántes negros cabellos!
Y cuando acaba el ardor
de años, en la mente fijos,
no hay más afán que los hijos
ni más dicha que su amor!
En ellos busca sosten
nuestra vejez carcomida,
y su vida es nuestra vida
y su bien es nuestro bien!
Que en las últimas congojas
de un sér que ya se deshace,
da sombra el árbol que nace
al tronco seco y sin hojas!
Por eso al verte, en tu mano
puse toda mi alegría!...
Quiéreme mucho, hija mia!

no son chocheces de anciano!
 Calor me presta tu amor
 y me alientan sus reflejos;
 ¡que los niños y los viejos
 no vivimos sin calor!

CONCHA. Ay, papá mio!... Confieso
 que me encanta oírte hablar!
 ¿Yo te debo contestar,
 verdad?

PABLO. Sí.

CONCHA. Pues toma un beso!

PABLO. No es mala contestación!...

CONCHA. Aún hay más!

PABLO. Saberlo espero!...

CONCHA. Pues es... papá!... ¡que te quiero
 con todo mi corazón!
 (Quedan abrazados.)

ESCENA V.

DICHOS.—MERCEDES, por la izquierda.

MERCEDES. Bonito cuadro!

CONCHA. Ah!... Mamá!...
 (Corriendo á su encuentro y dándole un beso.)

MERCEDES. Muy bien!

PABLO. Nos ha sorprendido!

MERCEDES. Tal vez imprudente he sido!

PABLO. (A Mercedes con mucho cariño.)
 ¡Tú imprudente?... Ven acá!
 A las dos mi alma os adora!
 Nunca tal dicha me roben...
 (Abrazando á Mercedes.)

CONCHA. En presencia de una jóven
 no se abraza á una señora!
 Vaya!... y se está quietecita!
 Es usted un calavera!
 (Echa á correr hácia la puerta del foro, donde se
 detiene al oír el beso que Pablo da en la mano
 á Mercedes.)

PABLO. Te debo la vida entera!
 (A Mercedes, besándole la mano.)

CONCHA. (Volviendo la cabeza desde la puerta.)
Ay!...

PABLO. }
MERCEDES. } Qué?

CONCHA. Bien! Que se repita!
(Váse corriendo por el foro.)

ESCENA VI.

MERCEDES y PABLO.

PABLO. Confieso que es mi ilusion!
El encanto de mi vida!

MERCEDES. La tienes muy consentida.

PABLO. Acaso tengas razon.
Son chochees de la edad
ante cuyo influjo cedo,
y ¡qué demonio!... no puedo
vencer mi debilidad!
¿Qué hacer, si yo soy así!
¿Ni cómo he de corregirla,
si cuando voy á reñirla
ella es quien me riñe á mí!
Quiero estar serio un instante
y nada... no encuentro modo,
porque me olvido de todo
cuando la tengo delante.
Ella manda, y yo su anhelo
he de hacer como le cuadre...
En fin, hija, soy un padre
con apariencias de abuelo!
—Si es tan buena!...

MERCEDES. A no dudar;
no habrá quien á eso te arguya.

PABLO. ¿Cómo no... si es hija tuya!

MERCEDES. Pablo!

PABLO. No os he de adorar,
si aquí, cuanto mi alma quiso
miró logrado mi afan!

De fijo no estaba Adan
tan bien en el paraíso!

MERCEDES. Por Dios!...

PABLO. Deja á mi alegría
que se mire en ese espejo;
ya soy viejo, y...

MERCEDES. No es de viejo
tan fina galantería!

PABLO. (En tono de broma.)
Vaya!... ¡tú te has figurado,
porque me ves cómo estoy,
que siempre fuí lo que soy!

MERCEDES. Yo no he dicho...

PABLO. Lo has pensado.
Pues aunque ya no lo inferiores,
y aunque hoy me mires así
en mis buenos tiempos... fuí
el coco de las mujeres!

MERCEDES. Sí, eh?

PABLO. Lo prueba mi union
y á tu criterio lo dejo;
tú niña, y yo casi viejo,
me gané tu corazon.
Y aunque en lucha desigual,
al fin logré la victoria:
para completar mi gloria
hasta triunfé de un rival!

MERCEDES. Pablo!...

PABLO. No son cuentos míos.
Niña alegre y consentida
andabas muy engreida
con yo no sé qué amoríos.

MERCEDES. (Oh! ...)

PABLO. ¡Mas se unió tu alma pura
á la mia de amor llena!

MERCEDES. Pero... por Dios!

PABLO. ¿Te da pena
que recuerde mi ventura?

MERCEDES. No, mas...

PABLO. Déjame gozar
de este bien, que es mi alegría...!
—Vamos... si yo merecia!...

No lo quiero ni pensar!
Empeñarme en poseer!...

MERCEDES.

Pablo!

PABLO.

(Sonriéndose.) Y en serio lo toma!

Eh!... calla! calla! Ni en broma
te puedo yo á tí ofender!

Y aunque este corazoncito
nos haya dado algun susto,
y quiera darme un disgusto,

no lo consigue!... Poquito
á poco, con paz y calma

curar sabré esa afeccion;

los males del corazon

tienen su asiento en el alma.

Pronto borraré la huella

que mi ausencia causó en tí!

Cuánto has sufrido por mi!

Pícara excursion aquella!

MERCEDES.

Años de horrible inquietud!

Qué tormento! qué ansiedad!

PABLO.

Y tú... ¡con cuánta bondad
pagaste mi ingratitud!

Mientras te quise dejar

sumido en ausencia triste,

en vez de quejas... me diste

esa niña á quien amar.

Aún bendigo aquellos dias

por el placer que sentí!

Mira... cuando recibí

la carta en que lo decias

tal vértigo de cariño

invadió todo mi ser

que lloraba de placer

y saltaba como un niño!

Pensé que no era verdad:

que aquella carta mentia,

porque yo... no concebía

tan grande felicidad!

¡Pues y al ver á ese diablillo...

lista, gentil, cariñosa?...

—Porque mira que era hermosa

como un ángel de Murillo!

No es que me ciegue el amor;
loco me creí volver! ...

¡Hay veces en que el placer
es parecido al dolor!

(Casi llorando de alegría)

En los puros embelesos
de la más santa alegría
entre los tres repartía
mis lágrimas y mis besos.

Besos que, como al olvido
dos años los condenaron,
al darles suelta estallaron
como el volcán comprimido.

Y no pude, en tal placer,
cuál fué más grande indagar,
si mi dolor al marchar
ó mi ventura al volver!

MERCEDES. Bendito quien guarda así
un corazón tan honrado!

PABLO. ¡Bendita tú que me has dado
cuanta dicha pretendí!

ESCENA VII.

DICHOS, CONCHA, que entra corriendo por el foro.

CONCHA. Papá...

PABLO. Qué hay?

CONCHA. Un camarero
de la fonda, que le manda
mi hermano.

PABLO. (Con extrañeza). Tu hermano?

CONCHA. Anda!...

vé pronto! (Dándole el bastón y el sombrero.)

Toma el sombrero
y el bastón.

PABLO. Yo?... Para qué?

CONCHA. Vamos!... no seas pesado!
Cuando Carlos ha mandado

- á llamarte...
- PABLO. Explicáte.
- MERCEDES. No seas tan aturdida!
- PABLO. Qué quiere ese camarero?
- CONCHA. Que se ha puesto un caballero malo, y Carlos en seguida que le vió—porque eso ha sido al subir por la escalera—dijo á un mozo que viniera á avisarte, y ha venido.
- PABLO. Voy...
- CONCHA. No te detengas, no.
- PABLO. Bien.
- CONCHA. Y con pulso sereno á ponerle pronto bueno: mira que lo mando yo!
- PABLO. Vaya!
- MERCEDES. Concha...
- PABLO. (Despidiéndose de ella en la puerta.) Déjala!...
- Adios! (Váse Pablo por el foro.)
- MERCEDES. Siempre esa cancion!
- CONCHA. ¡Si es la recomendacion que hago siempre á mi papá!

ESCENA VIII.

CONCHA y MERCEDES.

- CONCHA. Vaya que al señor doctor siempre le están fastidiando!
- MERCEDES. Es cierto.
- CONCHA. Estabais charlando y os turban á lo mejor.
- MERCEDES. No era grave asunto á fé el que ahora se discutía.
- CONCHA. A que sé qué te decia?
- MERCEDES. No es probable.
- CONCHA. ¿A que lo sé!
- MERCEDES. Veremos...

- CONCHA. Ya es egoísmo
querer negármelo á mí:
el cuando está junto á tí
habla siempre de lo mismo.
- MERCEDES. Y qué es ello?
- CONCHA. Finge ahora
que no entiendes...
- MERCEDES. No sé nada.
- CONCHA. Hazte la disimulada,
no sabemos que te adora!
- MERCEDES. Tontuela!...
- CONCHA. Niégalo, sí!
De fijo que te decia
lo mucho que te queria,
lo buena que eres aquí,
el amor que en él enciende
tu virtud que viendo está,
—porque mi señor papá
es un señor que lo entiende!
- MERCEDES. Pero Concha...
- CONCHA. Si es más ducho!...
¡ Aunque con razon serena,
para ver que eres muy buena
no se necesita mucho!
- MERCEDES. Basta, hija mia!... Qué idea!
- CONCHA. Oye; esta noche pasada,
estando con él sentada
junto á aquella chimenea,
—y miétras así callados
la vista se entretenia
con el fuego que invadia
los leños ya caldeados,
que de su seno lanzaban
como entre gasas y tules
llamas rojizas y azules
que amorosas se enlazaban,—
aunque nada nos dijimos
la misma cosa pensamos,
porque los dos nos miramos
y los dos nos comprendimos.
Despues, con grato placer,
papá dijo: "ven acá";

tú quieres mucho á Mamá?..

—¿No la tengo de querer?..

(al punto la respondí)

hé de ser tan insensible?

¡Si eso no fuera imposible

la querria más que á tí!

¡En ella están en verdad

mis esperanzas fundidas!

¡Jamás fuéron tan unidas

la hermosura y la bondad!

Porque aunque así con recelo

los bajas entre sonrojos,

¡Dios te puso en esos ojos

tanta luz como en el cielo!

—¡Pues quiérala siempre así

(él me repuso sin calma)

pon en ella vida y alma

como yo la he puesto en tí!

¡Buena, cariñosa y bella

hizo de esta casa un templo;

no olvides nunca su ejemplo

y sé lo mismo que es ella!..

—¡Y, faltando á la verdad,

me dijo al fin con ternura:

«pues Dios te dió su hermosura

imita tú su bondad!..»

De eso puedes suponer

que haces bien cuando le adoras.

(Notando la turbacion de Mercedes.)

Pero, ¿qué es eso? ¡Tú lloras!...

Ya comprendo!... de placer!

¡Llanto alegre y no sombrío

dá más goce que dolor!

¡El placer es una flor

que necesita rocío!

MERCEDES. Hija!...

(Abrazándola con cariño, procurando despues serenarse.)

Si así te remontas!...

CONCHA. Ah!... si, sí!... Basta, por Dios;

que si no vamos las dos

á llorar como dos to'ntas!

ESCENA IX.

DICHOS y CARLOS, que entra, un poco agitado, por el foro.

CONCHA. (Dirigiéndose hacia Carlos.)
Ya está aquí mi hermano!
(Con natural curiosidad.)
¿Qué era

eso?... dí?

MERCEDES. Qué ha sucedido?

CONCHA. Habla!

CARLOS. Un señor que ha caído
medio muerto en la escalera.

CONCHA. Jesús!

MERCEDES. Qué dices?

CARLOS. Sí tal.

MERCEDES. ¿Pero en la escalera...

CARLOS. Sí.

Vive, según luego ví,
en el piso principal.

CONCHA. En la fonda?

CARLOS. Allí ha quedado.

MERCEDES. ¿Mas cómo ha sido...

CARLOS. No sé;

en el portal le encontré
pálido y desencajado.

Al mirar cómo se hallaba
detuve el paso un instante,
cuando ví que su semblante
más y más se demudaba.

Quise entonces, conmovido,
ayudarle á que subiera,
mas ántes que así lo hiciera
cayó al suelo sin sentido.

MERCEDES. ¿Y no has podido saber
quién es?

CARLOS. Parece extranjero:
según dice el camarero
él vino á la fonda ayer.

MERCEDES. ¿Y el pobre...

CARLOS. Cayó mortal,

- y si yo no estoy allí...
- MERCEDES. Pero vino solo aquí?
- CARLOS. Si es huésped del principal.
- CONCHA. Ayer... (Recordando una idea.)
¿Llegó ayer digiste?
- CARLOS. Sí tal.
- CONCHA. ¿Tú no has reparado
si es un señor muy delgado,
moreno, de aspecto triste?
- CARLOS. Sí.
- CONCHA. ¿Que parece francés?
- CARLOS. Sí.
- CONCHA. Va de luto?
- CARLOS. Si tal.
- CONCHA. Barba cerrada?...
- CARLOS. Cabal.
- CONCHA. Toma!... ya sé yo quien es!
- CARLOS. Tú?
- CONCHA. Justo!
- MERCEDES. ¿De qué manera...
- CARLOS. Le has visto acaso?
- CONCHA. Es mi amigo!
Estuvo hablando conmigo
ayer tarde en la escalera.
- MERCEDES. Pero le conoces?...
- CONCHA. Vaya!
Pues no le he de conocer!
- CARLOS. Desde cuándo?
- CONCHA. Desde ayer.
Cuando salí con el aya,
junto á la puerta apoyado
le ví por la vez primera
mas pálido que la cera,
más que un muerto demacrado.
Miróme al pasar atento;
yo los ojos á él volví
y nos quedamos así
mirándonos un momento.
Por serenarse pugnaba
en lucha tan sorda y fiera
cual si detener quisiera
su vida que se escapaba.

Me dió miedo verle así;
tanto que él lo comprendió
y con dulzura exclamó:
—“¿Tiene usted miedo de mí?”
Yo quise disimular
por no aumentar su quebranto,
pero me causaba espanto
aquel modo de mirar.
Al fin calmé mi agonía;
él también se serenó,
y entónces me preguntó
que cuántos años tenía!...
y mil cosas!...—yo no sé—
que si era feliz aquí!
y cuando dije que sí
suspiró no sé por qué.

(Mercedes sigue escuchando con creciente interés.)

Yo apresurada eché á andar,
fingiendo que no le oía,
pero... ¡mira, todavía
no lo he podido olvidar!

(Volviéndose hácia Mercedes.)

MERCEDES. (Dominando su turbacion.)

Y... ¿no te dijo más?

CONCHA. (Con rubor.) Sí;

aunque con afan prolijo
al verme marchar...

MERCEDES. Qué dijo?

CONCHA. Nada... nada! (Avergonzada)

CARLOS. Vamos, dí?

CONCHA. Si no es nada!... qué manía!

CARLOS. No te pongas fastidiosa!

CONCHA. Pues bien; me dijo... “¡qué hermosa!”

(Volviéndose rápidamente hácia Mercedes con rubor.)

Ya ves!... una tontería!

CARLOS. Pues ya se ve que lo es.

CONCHA. Me llama fea... mamá!

Hum! (Haciéndole un gesto.)

CARLOS. Lo que á la vista está!...

CONCHA. Qué gracia!... Tonto!

MERCEDES. (A Carlos.) ¿Y despues
de tan extraño incidente
tú le has hablado?

CARLOS. Pues digo!...
si entró en su cuarto conmigo
cuando pasó el accidente!

MERCEDES. Pero... ¿tú ..

CARLOS. Al volver en sí
pidió un médico al instante;
y añadía, delirante,
frases que no comprendí.
— «Morir sin verla!» —decía—
«Mi pobre vida se acaba!»
y su frente golpeaba
y loco se revolvia.
Y al fin, perdiendo su brío,
en triste llanto deshecho,
dijo, cayendo en el lecho:
«hacedla feliz... Dios mio!»
—De algun recuerdo quizá
evoca la sombra triste.

MERCEDES. ¿De algun recuerdo digiste...
(Luchando con sus ideas.)

CONCHA. Ay! miedo... y pena me da.

CARLOS. Queriendo decir un nombre
luchaba el pobre angustiado.

MERCEDES. Y... ¿no habeis averiguado
cómo se llama ese hombre?
Alguno debe saber...

CONCHA. Yo por mi parte no infiero...

CARLOS. (Procurando recordarlo.)
Segun dijo un camarero
se llama... Don Luis Ferrer.

MERCEDES. (Comprimiendo un grito de terror que apenas sale
de sus lábios, y procurando dominarse para que
no se aperciban mucho sus hijos de su horrible
situacion.)

(Jesus!)

CONCHA. Qué es eso?

MERCEDES. (Disimulando.) No... nada!

CARLOS. Perdona; te ha hecho impresion
esa triste relacion!

CONCHA. Como estás tan delicada!
CARLOS. Hemos hecho mal...
MERCEDES. (Dios santo!..)

CARLOS. En hablar de eso.
CONCHA. Yo he sido
la que más culpa he tenido!
Mamá... no te aflijas tanto!
Eso será un accidente
pasajero nada más!

CARLOS. Tal vez!
MERCEDES. Hija mia! (Abrazándola.)
CONCHA. (Acariciándola.) ¿Estás
ya mejor?

MERCEDES. Sí.
CONCHA. Pues... corriente!
no pensemos más en eso!

(Procurando dar un tono más festivo á sus palabras para distraer á Mercedes, que cada vez se esfuerza más en ocultar su dolor.)

Queda terminado el punto!
(A Mercedes con mucho cariño.)
Ahora... hablemos de otro asunto;
y para empezar... un beso!

(Volviéndose hácia Carlos despues y con graciosa expresion.)

Qué es un beso?

CARLOS. (En tono de broma) Aire perdido,
sonido inarticulado!

CONCHA. Vaya!.. pues si yo me enfado
no oyes más ese sonido!

CARLOS. El beso que no hace agravios,
ya que así tu duda calmas,
es... el choque de dos almas
que se encuentran en los labios.

CONCHA. Plagio!.. plagio!.. si señor!
Eso es de nna poesía
que leiste el otro dia!

CARLOS. Está usted en un error!
CONCHA. No tal!

Es mio!

No!

CARLOS.
CONCHA.
CARLOS.

Sí!

Es la descripción de un beso,
es verdad; pero no es eso!
el libro no dice así!
En mi mesa está...

CONCHA. Que no?

CARLOS. Pronto te convencerás.
(Váse por la derecha.)

CONCHA. Busca, busca!..
(A Mercedes.) Ya verás!
Le tengo en mi cuarto yo!
(Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA X.

MERCEDES; despues PABLO por el foro; luégo CARLOS
por la derecha y CONCHA por la izquierda.

MERCEDES. (Dando expansion á su comprimido dolor.)
El!.. no puede ser!... Dios mio!
El aquí!... sí!... qué tormento!
quince años de sufrimiento
no borran un extravío!
¿Y Pablo está... Oh!.. me intimida
pensar!.. Si llega á saber!..
(Aterrada al ver aparecer á Pablo en la puerta del
foro.)

(Ah!..)

PABLO. (Ensimismado en profundo dolor, sir ver á Mer-
cedes.)

Ha muerto!... y yo!..

(Dominado por su exaltacion.) Ni el placer
de arrebatarse la vida!

(Viendo á Mercedes y dirigiéndose hácia ella
con loco extravío.)

Infame!..

(Deteniéndose aterrado al ver á Carlos, que sale
en este momento.)

(Ah!.. mi hijo!)

CARLOS. (Acercándose.) Padre...

PABLO. No!.. nada! (Con delirio.)

CARLOS.

Qué tienes?

MERCEDES.

(Sin poderse sostener.) (Oh!)

CONCHA.

(Entrando corriendo con un libro en la mano.)

Papá.

PABLO.

Vete!

CONCHA.

Eh!

(Al ver así á Pablo se dirige hácia él: éste la rechaza con su dura expresion, y Concha va hácia Mercedes, que no se atreve ni á mirarla.)

CARLOS.

(Sueño yo...

ó ha dicho "infame!"... á mi madre!)

(Pablo y Mercedes quedan aterrados. Concha va hácia Carlos, formando los dos un grupo en el centro de la escena, preguntándole Concha con su mirada lo que ninguno de los dos puede comprender.)

CUADRO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS.

¿Qué pensar!... De mi razon
busco anhelante la ayuda,
y ni se acaba mi duda,
ni cesa mi confusion!
¿De quién debo recelar?
¿Qué nube desconocida
por vez primera en mi vida
nubla el cielo de mi hogar?
Busco en vano desde ayer
de este secreto la clave;
y es algo grave... muy grave
lo que pretendo saber!
¿Qué puede ocurrir aquí
que tal misterio reclame?
Mi padre la dijo... "infame!"
No!... sí!... bien claro lo oí!
Y tan claro... tan sin calma
y con tan honda agonía,
que fué ayer... y todavía
está sonando en mi alma! (Pausa.)
¿Infame á mi madre!... no!
¿Quién habrá que eso proclame!
(Luchando con sus ideas.)

¡Sin duda que hay un infame,
pero ese infame soy yo!
¡Yo... que pienso un desvarío
sin que motivos me den!
Ella!... Mi madre!... Mi bien!
El sér en quien más confío!
¿en qué ha podido faltar!...
Si es un crimen presumir!...
Y yo lo puedo decir!
Y yo lo puedo pensar!
Mi atrevimiento da horror!
quisiera huir... de mi lado!
¡De pensar... que lo he pensado
me estremezco de rubor! (Queda pensativo.)

ESCENA II.

CÁRLOS y CONCHA, por la izquierda.

CONCHA. Qué haces aquí? (Acercándose.)
CARLOS. (Procurando dominar su turbacion.)
Quién, yo?... nada.
CONCHA. Vaya!... estás triste también?
CARLOS. No tal.
CONCHA. Pues estamos bien!
Mamá en su cuarto encerrada,
papá en el suyo metido,
los tres con las caras foscas,
y yo... pues!... papando moscas
sin saber qué ha sucedido.
CARLOS. Qué ha de suceder?
CONCHA. Bien veo
que algo me estais ocultando.
Por qué está mamá llorando?
CARLOS. (Con vivo interes.)
¡Pero... llora!...
CONCHA. Ya lo creo!
CARLOS. (Llora!) (Pensativo.)
CONCHA. Qué podrá tener?
CARLOS. No; nada. (Disimulando)
(Mi angustia crece!.)
CONCHA. Pues, y papá? si parece

que no es el mismo de ayer?
¿De qué nace su desvío
hacia mí?

CARLOS. ¿Vas á pensar...

CONCHA. Anoche le quise hablar,
y me rechazó sombrío.
Quién causa vuestro dolor?
Soy yo acaso?

CARLOS. (Abrazándola con ternura.) Qué manía!

CONCHA. ¿Y habeis buscado buen dia
para estar de mal humor!
¿El dia en que cumpla años
me venís á entristecer!...
¿Debió ser todo placer,
y todos son desengaños!

(Enjugando una lágrima)

CARLOS. (Contemplándola con cariñoso sentimiento.)

(Temprano el mundo traidor
ceba en tí su saña impía:
¿esperaste una alegría
y él la convierte en dolor!
Quien espera, nunca alcanza
que busca su propio daño,
porque... ¿qué es el desengaño
sino el fin de la esperanza!)

CONCHA. Pero si es que no concibo
por qué os apurais así!

¿No podreis decirme á mí
de esa tristeza el motivo?

CARLOS. Tonta!... qué hemos de ocultar?

CONCHA. Ya sé yo lo que deseas:
aunque niña, no te creas
que así me dejo engañar!
—No sólo en horas serenas
llena amor ciertos vacíos;
si vuestros goces son míos,
tambien lo son vuestras penas!
¿Sólo cuando estais contentos
que he de seguiros infieres?
Pues gocé vuestros placeres,
llore vuestros sentimientos!
Que si comparte el amor

pena ó placer que Dios mande,
el placer... se hace más grande;
la pena... se hace menor.

CARLOS.

Concha!...

CONCHA.

Sí!... mi alma serena
vuestro pesar sentirá!...

Dí... por qué llora mamá?

¿por qué llora... si es tan buena!

CARLOS.

Sí!... muy buena!... Concha mia!

Dílo así!... mi alma lo espera!

CONCHA.

Si mil veces lo dijera,
aún bastante no sería!

CARLOS.

Sigue: su vida ejemplar
quiero que tu voz proclame!

CONCHA.

¿Pero, sin ser un infame,
quién de ella puede dudar?

CARLOS.

Es verdad!

CONCHA.

¿Pues quién lo olvida!
No habría infamia mayor!

CARLOS.

(¡Me está llamando traidor...
y me está dando la vida!)

(Con alegre expansion.)

ESCENA III.

DICHOS y PABLO, que aparece por la puerta de la derecha.
entregado por completo á sus tristes pensamientos.

CONCHA.

(A Carlos, señalando á Pablo.)
(Ah!... miral)

CARLOS.

(Calla!)

CONCHA.

(Acercándose á Pablo con mucho cariño.)
Papá!...

PABLO.

Eh?... qué quieres?
(Fijándose en ella y rechazándola.)

Dejamé!

CONCHA.

Soy yo, que...

PABLO.

Véte!

(Dejándose caer en la butaca.)

CONCHA.

(Retirándose con sentimiento.) Me iré!...
si lo mandas!... Bien está!
Mas... quisiera tu afliccion

- calmar...
PABLO. ¡Tú!...
CONCHA. Si, papá mio!
(Acercándose con mucha ternura.)
PABLO. (Ella!...) (Luchando con su dolor.)
Basta!... (Rechazándola.)
CONCHA. (Su desvío
me hiere en el corazón!
(Queda pensativo Pablo en la butaca. Concha se
acerca á Carlos, á quien dice en voz baja.)
(¿Le preocupará quizá
alguna idea cruel!
CARLOS. (A Concha.) (Déjame sólo con él.)
CONCHA. (Despidiéndose de Pablo, con temor y cariñoso
sentimiento.)
A Dios!... ya me voy... papá!
(Se retira lentamente, con marcada expresión de
dolor, por la puerta de la izquierda. Momen-
tos de triste silencio.)

ESCENA IV.

PABLO y CARLOS.

- CARLOS. (En qué piensa?... ¿Qué discurre
que así de todo se olvida?
¡Aunque me cueste la vida
yo he de saber lo que ocurre)
(Acercándose á Pablo.)
Padre...
PABLO. (Mirándole fijamente, pero sin poder desechar
sus pensamientos.)
Carlos!... ¿qué deseas?
¿qué quieres?
CARLOS. ¿Qué he de querer?
Te hallo inquieto desde ayer...
PABLO. ¿Inquieto!... no; no lo creas.
¿Qué hay que me pueda inquietar?
(¿Bien mi ansiedad se declara!
¿Que siempre salga á la cara
lo que se quiere ocultar!)
CARLOS. Nunca de esta casa creo

que huyó la paz bienhechora.
Veinte años tengo y ahora
por vez primera lo veo.

PABLO.

(Preocupado con su idea fija.)
Veinte años... ¡No puede ser!
Qué dices?

CARLOS.

PABLO.

Nada.

CARLOS.

PABLO.

Si tal.

(Más años tiene mi mal
y no lo supe hasta ayer!
Mi mente duda y se asombra!
Ayer ventura!... hoy dolor!...
Dormir en sueños de amor
y despertar en la sombra!) (Pausa.)
(Algo turba su razón!
¿Cómo saberlo?...—Ah! qué idea!
es cruel!... aunque lo sea!
basta de vacilación!)

CARLOS.

(Acercándose á Pablo y con marcada intención-)
¿Piensas... en mi madre?

PABLO.

CARLOS.

(Reprimiendo su sorpresa.) Qué!
Digo... que de esa inquietud
bien pudiera su salud
ser el motivo.

PABLO.

(Receloso.) (Pensé...)
¿Está enferma?

CARLOS.

PABLO.

CARLOS.

¿No has entrado?...
Hoy no: ya iré.
(Se refrena!)...

(Insistiendo en su propósito.)
Como la pobre es tan buena,
llamarte habrá rehusado.
No es nada; aunque va vencida
aún su afección se mantiene:
desde ayer no sé que tiene
que anda inquieta y retraída.
No sé... (Qué angustia!)

PABLO.

CARLOS.

No es rara

PABLO.

su leve indisposición;
los males del corazón
siempre salen á la cara.
(Qué es lo que dice!...)

- CARLOS. Me extraña
que á verla no hayas entrado.
- PABLO. Luégo iré: no es de cuidado...
- CARLOS. (Duda!... mi afan no me engaña!)
(Breve pausa.)
Noto en tí tal frialdad
al hablarte hoy de ella.
- PABLO. ¡En mí!...
- CARLOS. Y es tan natural que así
celebre yo su bondad!
No caben en otro sér
que en mi madre idolatrada,
ni virtud más acendrada
ni más noble proceder!
Aún en mi pecho latente
arde el fuego de su amor!
Aún llevo el dulce calor
de sus besos en mi frente!
Y con ansiosa avidez
enciende mi amor sincero
el recuerdo placentero
de mi tranquila niñez!
No creas que imaginaba
que este afan te martirice.
- PABLO. (Parece que me lo dice
por el puñal que me clava!)
- CARLOS. (Y calla!)
- PABLO. ¡Quién rompe así
su ilusion, su engaño puro!...
Nada sabrá: yo lo juro
por la vida que le dí!)
- CARLOS. (Sigue el misterio sombrío!
¡Cómo insisto... y cómo cejo!)
(Breve pausa.)
Padre... (Despidiéndose.)
- PABLO. Qué quieres?
- CARLOS. Te dejo.
- PABLO. Adios.
- CARLOS. Adios, padre mio.
(Se dirige hácia la segunda puerta de la izquierda, donde se detiene contemplando á Pablo, que sigue paseando, como habrá hecho en casi toda esta escena.)

(Qué terrible confusion!
Qué hago, padre, en tal porfía?
¿dudar de la madre mía...
ó dudar de tu razon!) (Váse.)

ESCENA. V.

PABLO; despues CARLOS por la izquierda

Sólo!... Me vende el temor!
Quisiera huir de este abismo
y llevo en mi rostro mismo
el más tenaz delator!
Cárlos ignora su mal
y de probármelo acaba!...
En su presencia temblaba
como tiembla el criminal!
Y es que el delito tal vez,
por implacable sentencia,
lo comete la impudencia
y lo llora la honradez! (Pausa.)
¡Cuántos años de falsía!
¡Mientras ella me afrentaba
yo, con ternura, besaba
la mano que así me hería!
Y ciego de esa manera
por la dicha y el amor
en cambio del deshonor
le daba mi vida entera! (Breve pausa.)
¿Y ella me pudo engañar!
Pero... ¿por qué lo deploro?
Si en vez de matarla... lloro,
¿de quién me puedo quejar!
Aun es mi infamia mayor!
que en las penas que me oprimen
quiero pensar en su crimen
y sólo pienso en mi amor!
(Variando de entonacion.)
¿Pero... y mi hijo!... Oh! no!... calma
que nunca con pena ruda
el gusano de la duda
empiece á roer su alma!

Que llore y sufra su padre
su amor y su honra ofendida,
mas él... ¡que nunca en su vida
se avergüence de su madre!
En ella mira sereno
amor, virtud, dulce halago!
que jamás sepa que el lago
cubre tal fondo de cieno!
Si él descubriera!... No!... no!
si lo supiera algun dia
sin duda maldeciria
el instante en que nació!
Y por debérsela así
á mujer que el vicio ampara
¡acaso me echase en cara
la existencia que le dí!
Que su falta maldecida
nunca sepa!... que la adore!
¡que lo ignore... que lo ignore
aunque me cueste la vida! (Pausa.)
(Con profundo dolor.)
¡Y esa niña!... Oh!... maldicion!
odio quiero... y este lloro
sale á decir que la adoro
con todo mi corazon!
Y ella es buena!... ¡Qué la arguyo
si no pudo delinquir!
Hij!... No! ¡Qué iba á decir?
ese nombre no es el suyo!

(Momentos de doloroso silencio. De repente vuelve en sí, y queriendo dominar su situacion llama á su mujer.)

Mercedes!...

(Exforzándose por serenarse.)

Mi alma se exalta!

Valor!... inútil zozobra!...

Para matarla me sobra

y para verla me falta!

Es preciso!... lo reclamo!

Aún nada sabe de mi!

Mercedes!... (Llamándola.)

CARLOS.

(Apareciendo en la puerta de la izquierda.)

Qué?

PABLO. (Con imperio, marcándole con la acción que se retire.)

No es á tí!...

Es á tu madre á quien llamo! (Váse Carlos.)

ESCENA VI.

PABLO y MERCEDES. que por la puerta de la izquierda aparece súbitamente abatida. A una indicación de Pablo, Mercedes se acerca al confidente, donde se sienta. Momentos de expresivo silencio. Pablo la contempla, pasea pensativo, y por fin se sienta á su lado, con aparente tranquilidad.)

PABLO. Ayer cuando mi alegría
miraba en todo lucir
me llamaron á asistir
á un enfermo que moría.
Lo recuerdas?

MERCEDES. (Muy abatida.) Sí.

PABLO. Bajé,
corrí de ansiedad deshecho,
y mal envuelto en su lecho
á un moribundo encontré.
Le observé, mientras no hablaba
del origen de su mal,
y ví que su fin fatal
por instantes se acercaba.
Con valor, mas ya postrado,
cual si en mi rostro leyera,
me exigió que le dijera
con toda verdad su estado.
Y prosiguió con dolor
en la lucha que mantengo:
"sé que ya tiempo no tengo
de llamar á un confesor."
"Estoy sólo; mi ansiedad
más no puedo reprimir,
prométame usted cumplir
mi postrera voluntad."

MERCEDES. Pablo!... (Suplicante.)

PABLO. Calla!

MERCEDES. Piedad!

PABLO. (Con acento terrible.) No!
Aún falta á mi historia! espera!
Yo la escuché toda entera!
Óyela tú como yo!

MERCEDES. (Bajando la cabeza con humildad.)
Ah!

PABLO. Y al mirar mi interés
ya sin temer mi repulsa,
me dió con mano convulsa
una cartera... esta es! (La saca)
Intentó con voz sentida
explicarme su tormento,
mas faltándole el aliento
cayó en mis brazos sin vida!

MERCEDES. Compasion!

PABLO. Sólo quedé;
quise hacer lo que dijera,
y al abrir esta cartera
sabes tú lo que encontré?
Sueño horrible lo creí!
Aún de convencerme trato!

MERCEDES. Pablo!

PABLO. ¡Encontré tu retrato
y una carta para tí!
(Enseñándola.) Mírala! Ves? No hay motivo!

MERCEDES. Yo muero!...

PABLO. Calla, insensata!
Si la vergüenza no mata!
No estás viendo que yo vivo?

MERCEDES. (Con voz débil.)
Basta!

PABLO. Si la has de escuchar!
Oye bien! Verás que hazaña!
(Leyendo.) "Mercedes... no vengo á España
"á impedir tu bienestar.
"Sagrados son para mí
"tu amor, tu nombre, y tu anhelo;
"sólo y en extraño suelo
"por respetarlos viví!
"Enfermo y el alma fija
"en no querer deshonorarte,
"vengo tan sólo á buscarte

«en nombre de nuestra hija.
«Pues de ella, desde la cuna,
«me apartó tenaz la suerte,
«quiero próximo á la muerte,
«entregarte mi fortuna.
«De ella es cuanto reuní,
«ya que no es suyo mi nombre;
«tu esposo...

(Dejando de leer un momento y con asombro.)

¿Pero este hombre
se atreve á nombrarme á mí?
(Volviendo á leer.) «Tu esposo debe ignorar
«quién á Concha se lo envía.
«¡Yo quiero que la hija mía
«viva feliz en su hogar!
«Hoy mi falta me sonroja...»

(Apartando la carta y dirigiéndose á Mercedes con
vehemencia.)

Quiere evitar ese abismo
y el infierno... ¡no! ¡Dios mismo
en mi camino lo arroja!
¿Ves qué horrible coincidencia!
¡En castigo á tu maldad
hizo la casualidad
las veces de Providencia!
Y el que huyendo de estos lazos
recorrió la tierra entera,
Dios hizo al fin que viniera
á morir entre mis brazos.

MERCEDES. Piedad, Pablo!...

PABLO.

Calle! Así
las faltas no se redimen.
Si no temblaste ante el crimen,
por qué tiemblas ante mí? (Pausa.)
¿De qué se puede espantar
la que con torpe reposo,
fingiendo amor á su esposo
manchó de cieno su hogar?
Quizá creiste el rumor
que mi muerte propalaba,
y muerto yo, no quedaba
lazo ninguno á tu amor!

- Temiste ver descubierto
tu mal, y con tal motivo
sentiste miedo del vivo
y no temblaste ante el muerto!
Porque amabas de tal suerte
esa vida maldecida
que por conservar la vida
profanaste hasta la muerte!
- MERCEDES. Si el llanto humilde y contrito
borra al fin todo pecado,
mis lágrimas han borrado
la huella de mi delito!
Cuánto sufrí!..
- PABLO. Basta ya!
- MERCEDES. Mi pena!..
- PABLO. Pena importuna!
Tu hija... tiene una fortuna!..
- MERCEDES. No, Pablo!
- PABLO. De ella será!
Lo exige así mi honradez!
mas en pago á tu desdoro
verás siempre en ese oro
el precio de tu doblez!
- MERCEDES. Por piedad!..
- PABLO. Te causa horror!..
Tarde á comprender empiezas
que hay en el mundo riquezas...
padrones del deshonor!
- MERCEDES. No más!
- PABLO. ¿Y yo la he de ver
lucir tu crimen sombrío!..
¿Y ha de verlo el hijo mio!..
No será!.. no puede ser!..
esa idea me intimida!..
- MERCEDES. Por mi amor!.. Por mi dolor!
- PABLO. No invoques aquel amor
si en algo aprecias la vida!
Mi rencor no tiene valla!
- MERCEDES. Por mis hijos!..
- PABLO. Tarde es ya!
- MERCEDES. Por su puro amor!..
- CÁRLOS. (Apareciendo en la puerta del foro.)

PAPÁ...
PABLO. (Calla!..)
MERCEDES. (Pablo!..)
PABLO. (Calla, calla!)

ESCENA VII.

MERCEDES, PABLO y CARLOS.

MERCEDES. (Pablo!..)
PABLO. (Silencio!)
MERCEDES. (Yo muero!)
CARLOS. (Entrando.) Tratabais de asuntos graves?
PABLO. (Con aparente serenidad.)
No.
CARLOS. Si os molesto...
PABLO. (A Mercedes.) Ya sabes,
en mi despacho te espero.
(Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

MERCEDES y CARLOS.

CARLOS. Madre...
MERCEDES. (Dirigiéndose hácia el despacho de Pablo.)
Voy con él...
CARLOS. (Deteniéndola cariñosamente.) No, no;
de mí no te alejarás.
MERCEDES. Ya has oído que...
CARLOS. Luégo irás:
ahora te reclamo yo!
MERCEDES. Qué quieres? (Dominando su turbacion.)
CARLOS. Quiero saber
quién motiva tus enojos;
por qué se nublan tus ojos;
por qué lloras desde ayer!
No es tuyo mi corazón?
Pues entónces... ¿qué te he hecho
que me niegas el derecho
de compartir tu aficción?
MERCEDES. Hijo!..

CARLOS.

Por eso lo exijo!
tu hijo soy: me diste el sér,
y tu no puedes tener
secretos para tu hijo.
Si yo no puedo calmarla
con mis besos y mi amor,
será tu pena menor
si somos dos á llorarla.
Tu pesar y tu alegría
los siente mi corazon;
no me ocultes tu aficcion:
te lo ruego, madre mia!

MERCEDES.

Yo, Cárlos!..

CARLOS.

Si has de acceder
al cabo! si eso te agrada!
¡Sé que al fin... no será nada,
pero lo quiero saber!
¡Dílo, sí; que no hay pesar
que aflija á mi pecho tanto
como ver correr tu llanto
y no poderlo enjugar!

MERCEDES.

No; no creas...

CARLOS.

Sé sincera!
Habla!... por tu amor lo pido!
por nuestro amor!

MERCEDES.

(Temerosa de no poder ya contener su turbacion.)
Ya has oído...

CARLOS

Pero...

MERCEDES.

Tu padre me espera.

(Váse por la derecha.)

ESCENA IX.

CARLOS.

Esta ansiedad es cruel!
¡Nada mis dudas aclara
y cada vez más aumenta
esta sospecha insensata!
¡Sospecha infame que quiero
de mí alejar, y con saña
sorda, implacable, me grita:

«mal hijo!... ¡esa duda mata
á tu madre!... parricida!»
Oh!... qué horror!

(Breve pausa: despues dice con resolucion, fijándose en la puerta de la derecha.)

¡Juntos se hallan;
confesar debo mi culpa!
Rendido caiga á sus plantas! (Deteniéndose.)
Pero no!... despues! Primero
sabré arrancar de mi alma
esta duda horrible!... Y cómo?...
Todos sufren... pero callan!
¡Sólo el silencio responde
á mi voz! (Con desesperacion.)

¿Ni qué insensata
pregunta puedo yo hacer
que no sea torpe y baja! (Breve pausa.)
La ocasion me dice... «¡espía
y lo sabrás!»

(Dando un paso hácia la puerta y deteniéndose.)

¡Me acobarda
por miserable esta idea
y hácia esa puerta me arrastra!
(Con resolucion,)

¡Si ya infame empecé á ser
venga en mi ayuda la infamia!

(Se acerca á la puerta para escuchar, ocultándose en la coladura.)

¡Sostener más esta duda
no es posible! (Escuchando con vivo interes.)

Sus palabras
llegan temblando á mi oido.
Mi padre la voz levanta.

(Pausa: aterrado de lo que oye que dicen en el gabinete.)

—Eh!... que Concha no es su hija!...
Y mi madre calla!... calla!
Oh!... imposible! (Sigue escuchando.)

La acrimina!...
Y no habla!... ¡Por qué no habla!
(Breve pausa.)
La presenta una cartera...

pago, dice, de su infamia!

—No!... mentira!... yo deliro!

—¡Afirma que en ella se hallan treinta mil duros!... ¡la herencia de Concha!...—Oh!... ¡qué idea asalta á mi razon!... no!... imposible!

(Escuchando aterrado.)

—Eh!... ¡que es padre de mi hermana el que ayer murió en sus brazos!

—No!... no puede ser!... ¡me engañan mis oídos!...—Madre!... madre!...

¡por qué callas!... ¡por qué callas!

—¡Habla, madre, aunque desgarres la verdad con tus palabras!...

¡habla... que tu hijo te escucha y está en tus labios su alma!

(Sigue observando.)

—Quiere entregarla esa suma...

y ella!... ella la rechaza!

(Con alegría, concibiendo una esperanza.)

Sí!... lo rechaza!... eso es!

(Con viva expresion.)

¡Si era tan grande la infamia

de esa duda... que la voz

se anudaba en su garganta!

¡Nudo horrible que...

(Aterrado al ver lo que marca.)

Dios mio!...

Dios mío!... cae á sus plantas!

Perdon sus labios imploran!...

(Apoyándose en la puerta para no caer desvanecido.)

Madre!... Madre de mi alma!

(Queda aterrado, sosteniéndose en la puerta.)

ESCENA X.

CARLOS y CONCHA, por la izquierda.

CONCHA.

(Acercándose á Carlos)

Cárlos...

- CARLOS. (Volviéndose rápidamente al oír su voz, temeroso de que le hayan sorprendido escuchando, y contemplando á Concha con expresivo y reconcentrado dolor.)
- Concha!...
- CONCHA. Qué haces?
- CARLOS. (Disimulando su turbacion.) ¡Yo!... nada. (Infeliz!)
- (Volviéndose para que no se aperciba de su sentida conmocion.)
- CONCHA. (Con natural sentimiento)
¡Me rechazas tú tambien?
- CARLOS. (Volviéndose hácia ella y abrazándola con mucho cariño.)
¡Qué es lo que dices!
¡yo rechazar á mi hermana!
no lo pienses!... no lo creas!
¡Tu suerte siempre enlazada seguirá á la mia!
- CONCHA. (Con cariño.) Carlos!...
- CARLOS. Te lo juro!
- CONCHA. Tus palabras cariñosas... me entristecen, no sé por qué!
- CARLOS. (Contemplándola.) (Desgraciada!)
A ti?... no!... es que cada dia te quiero más!
- CONCHA. Bien me pagas: que es mi cariño tan grande que si el vuestro me faltára...
- CARLOS. Ni lo imagines siquiera!
(Se abrazan: breve pausa.)
- CONCHA. Oye: ya sé lo que pasa á papá.
- CARLOS. ¡Tú! (Aterrado.)
- CONCHA. Sí.
- CARLOS. (Imposible!)
- CONCHA. Sí que lo sé: la desgracia que ayer ocurrió en la fonda á ese caballero, es causa de todo.

CARLOS. (Con creciente interés.) ¿Cómo has sabido?

CONCHA. Te sorprende, verdad?

CARLOS. Habla!

¿díme todo cuanto sepas!

Quién te ha confiado?...

CONCHA. El aya.

CARLOS. ¿El aya, dices!

CONCHA. Sí tal:

ella que en todo repara

y en todo piensa, me dijo:

"ya sé yo lo que le pasa

"á su papá."

CARLOS. ¿Que ella sabe...

CONCHA. Cuando un médico de fama
le preocupa un enfermo,
por alguna circunstancia
especial, y no le puede
salvar, su impresion es tanta
que hasta su razon trastorna
con mil ideas contrarias.

CARLOS. (Respiro!)

CONCHA. ¿Y eso será:

no es cierto?

CARLOS. Sí.

CONCHA. ¿Qué otra causa
puede haber?... Yo no imagino
haberle faltado en nada!

CARLOS. No!

CONCHA. Ni tú!... ¡ni mucho ménos
mamá!

CARLOS. (Oh!) ¡quien eso pensára...

CONCHA. Sería cruel!...

CARLOS. Sí, Concha!

Nunca esa duda en tu alma
tenga cabida!

CONCHA. ¡Dudar
de una madre!... Si eso espanta!

CARLOS. ¡De todo... de todo el mundo
ménos de ella!

CONCHA. Antes dudára
de mí misma!

CARLOS. Sí!... de tí!...

- de mí!... Y si por extraña casualidad algun día la vil calumnia intentára empañar su hermosa frente no des crédito á esa infamia!
- CONCHA. No, Carlos!... la borraría con mis besos y mis lágrimas!
- CARLOS. Sí, Concha, sí!... (¡Que lo ignore!) —Y ahora que sabes la causa de la tristeza que aflige á papá...
- CONCHA. Qué?
- CARLOS. Con tus gracias, con tus caricias, con toda la expresion de tus miradas, haz que borre de su mente las ideas que le asaltan! haz que vuelva á tí sus ojos con cariño!... y si rechaza tu amor, con tiernos abrazos;... con tus besos... con tus lágrimas si es necesario, conmueve su corazon; que si arrancas un suspiro de su pecho, ó una expresiva mirada de sus ojos, tú darás nueva existencia á su alma, á su razon nueva vida, y á todos nueva esperanza!
- CONCHA. Sí, Carlos: yo alejaré de su mente esas extrañas ideas, y haré que vuelva á su corazon la calma! Todo de su amor lo espero!
- CARLOS. En él nuestra dicha se halla!
- CONCHA. (Mirando hácia la derecha.) Ah!... Mamá sale.
- CARLOS. (Dios mio!...)
- Adios.
- CONCHA. No; por qué te marchas? Sola me dejas?
- CARLOS. (Señalando la puerta.) No: mira...

CONCHA. Ah, sí! Mamá me acompaña!
CARLOS. (Luchando con sus ideas y retirándose.)
(Oh!... contemplar no podría
ahora su triste mirada!
Me falta valor!) (Váse por el foro.)

ESCENA XI.

CONCHA y MERCEDES, que aparece en la primera puerta de la derecha.

CONCHA. (Corriendo á su encuentro.) Mamá!...

MERCEDES. (Refrenando su angustiosa situación.)
Hija!...

CONCHA. Qué pálida vienes!

MERCEDES. Yo?... (No puedo más!)

CONCHA. Qué tienes?

Has estado con papá?
Habeis hablado los dos?
Y qué?... sigue todavía
el mal humor?

MERCEDES. No, hija mia.

CONCHA. Ah!... vamos!... gracias á Dios!
¡Pensando quién le inquietaba
cuántas locuras soñé!...
¡Vamos... si me figuré
que papá casi me odiaba!

MERCEDES. No pienses eso, hija mia!
(Todo á castigarme empieza!)

CONCHA. Y me dió tanta tristeza
pensar que no me quería!

MERCEDES. (Oh!)

CONCHA. Mas ya todo ha pasado!
¡Cómo es posible que intente...

MERCEDES. (Siempre paga el inocente
lo que merece el culpado!)

CONCHA. Él y tú sois para mí
mi amor, mi sola alegría.

MERCEDES. (Abrazándola con ternura.)
Oh! sí!... quiéreme, hija mia!
quiéreme como yo á tí!
Si anhelas verme dichosa

con tu amor mis penas calma,
que hoy más que nunca mi alma
está de tu amor ansiosa!
Repíteme tu pasión!
¡Que tu acento conmovido
resuene siempre en mi oído
y vibre en mi corazón!
Haz que se filtre en mi ser
de tu cariño el encanto!...
Deja que corra mi llanto!
No temas!... es de placer!
Es que despierta tu amor
mis dulces horas queridas!...
(Lágrimas tan contenidas
corred... corred sin temor!)

CONCHA.

¡Pero acaso cabe en tí
duda de que yo te amo?

MERCEDES.

(Procurando serenar su espíritu.)
Si me quieres... te reclamo
un sacrificio!

CONCHA.

¡Tú á mí?

MERCEDES.

Sí tal.

CONCHA.

Dílo sin temor.

MERCEDES.

Mas... ¿lo aceptarás?

CONCHA.

Qué idea!

MERCEDES.

Grande es!

CONCHA.

Por grande que sea
aún es más grande mi amor!

MERCEDES.

(Oh! sí!... no debo dudar!

Entre mil tormentos lucho!)

Quieres... á tu padre mucho?

CONCHA.

¿Y lo puedes preguntar!

MERCEDES.

Entonces tu amor invoco,
porque mi afán es también...
por su bien.

CONCHA.

Si es por su bien
todo me parece poco!

MERCEDES.

Pues... tú sabes, hija mía,
que... sus trabajos...

CONCHA.

Ya sé...

MERCEDES.

Son... penosos.

CONCHA.

Bien, ¿y qué?

MERCEDES. Que quizá le convendría,
mientras consigue acabar
la obra que ha poco empezó,
estar... sólo.

CONCHA. ¿Pero yo
en qué le puedo estorbar?

MERCEDES. Iremos... á un puerto: allí
hallaré alivio también.

CONCHA. Si es que te conviene... bien:
pero... ¡volveremos...

MERCEDES. Si.

CONCHA. Pronto?

MERCEDES. Sin duda. (Gran Dios!
Quizá nunca le veremos!)

CONCHA. Entónces pensar podremos
en su cariño las dos.
Huirán las penas que lloras
de nuestro regreso el día:
pensando en él, madre mía,
serán más breves las horas!
Los instantes contaremos
que falten para volver!
Ya verás con qué placer
sus cartas recibiremos!
Y al besarlas con calor,
entre dulces embelesos
aspirarán nuestros besos
el perfume de su amor!
Y luego, cuando llegar
miremos el grato día...
¡con qué profunda alegría
vendremos á nuestro hogar!
Larga hallará nuestro amor
del tren la rauda carrera,
que el vapor para el que espera
plomo es más bien que vapor!
Y al llegar... ¡qué placentero
momento!... ¡qué dulce gloria!
¡Quién logrará la victoria
de darle el beso primero!
¡Cuándo tal dicha veré!
Ya lo ves!... llorando estoy,

de pena... porque me voy,
de gozo... porque vendré!

MERCEDES. Hija mía! (Abrazándola.)
CONCHA. Tus enojos
no ocultes tras vana calma!

MERCEDES. (¡Llanto... rebosa en el alma,
mas no asomes á los ojos!)

CONCHA. Aún tenemos que pensar...

MERCEDES. Disponlo todo primero.
(Aparece Pablo en la primera puerta de la derecha.)

CONCHA. Pues qué?... ¿tan pronto...
MERCEDES. Sí: quiero
mañana mismo marchar.

CONCHA. Entónces...
MERCEDES. No hay que perder
tiempo; ve al punto...

CONCHA. Sí; vamos;
cuanto más pronto partamos
ánten hemos de volver!

(Dá un beso á Mercedes y se vá corriendo por la izquierda, sin ver á Pablo.)

ESCENA XII.

MERCEDES y PABLO.

PABLO. ¿Qué dices á tu hija?
MERCEDES. (Abatida.) Yo?...
PABLO. ¿De partir hablabas!...
MERCEDES. Si.
Pablo, mi presencia aquí
ya no es posible!

PABLO. ¿Que no!...
MERCEDES. Pues hice la desventura
de esta casa y de este hogar,
déjame á solas llorar
mi vergüenza y mi amargura!
Concha...—perdon si te aflijo—
no puede vivir aquí;
quizá sin ella y sin mí
serás feliz con tu hijo.

PABLO. (Con creciente expresion.)
Separarnos!... lo vulgar!...
Confesar lo que no quiero
y á la faz del mundo entero
tu deshonra publicar!
Y gozando á tu sabor
de libertad venturosa
miétras tú vives dichosa,
yo aceptar mi deshonor!
Asi el mundo suele hacer
para disfraz del quebranto:
¡y mi hijo descubre en tanto
lo que no debe saber!
¡Y duda al cabo de tí!

MERCEDES. ¡No es posible!... Fuera horrible!...

PABLO. ¿Pues si eso fuera posible
estaríamos así!
¿Sufriera yo tu extravío
sin ese yugo forzoso?
Mas soy padre ántes que esposo
y pienso en el hijo mio!
— ¡Separarnos!... qué demencia!
¿Y cupo esa idea en tí!
¡Hemós de vivir aquí
felices... en la apariencia!
¡Muy felices!... ¿No es verdad
que es un castigo implacable?
¿Si no hay dolor comparable
á tanta felicidad!

MERCEDES. Pablo!...

PABLO. Más constantemente
cuando, sin ver tu falsía,
entre accesos de alegría
tus hijos besen tu frente,
sentirás loca opresion,
porque en pago á tus excesos
el calor de aquellos besos
te abrasará el corazon!
Y al verte querida así
has de sentir que te quieran!...
¡Quizá si te aborrecieran
fuera mejor para tí!

MERCEDES. Oh!...

PABLO.. Ten la calma precisa,
y de fingir busca el modo!
El dolor... ¡adentro todo!
Fuera... ¡sólo la sonrisa!

MERCEDES. Piedad!...

PABLO. ¡Deja que concluya!
¡Qué menos quieres que exija!

CONCHA. (Apareciendo en la puerta de la izquierda.)
Papá!...

PABLO. (Bajo á Mercedes con rápida expresion.)
(Mi hija!... No! tu hija!
La tuya!...

MERCEDES. Pablo!...

PABLO. La tuya!)

ESCENA XIII.

DICHOS y CONCHA, por la izquierda; despues CARLOS,
por el foro.

MERCEDES. (No puedo más!)

PABLO. (Dominándose.) Qué hay de nuevo?

CONCHA. (Acercándose con temor á Mercedes.)
Si es que os estorbo...

PABLO. No: dí.

CONCHA. Como estás conmigo así...
francamente... no me atrevo...

(Pablo pasea por la escena, dominando su conmo-
cion.)

MERCEDES. (Queriendo evitar que Concha hable á Pablo.)
Concha..

CONCHA. (A Mercedes) Déjame! quizá
ponga á sus desdenes valla!
¿No es mi padre!

PABLO. (Oh!)

MERCEDES. (Queriendo retenerla á su lado.)
(Calla!... calla!)

CONCHA. (Acercándose con cariño á Pablo)
Por qué te enojas, papá?

MERCEDES. (Me siento desfallecer!)
(Aparece Carlos en la puerta.)

- CONCHA. (A Pablo.) Vengo á pedirte un favor...
- PABLO. Qué?
- CONCHA. (Con timidez y sentida expresion.)
Nada: que ese señor...
que murió en la fonda ayer...
el que me habló en la escalera...
- MERCEDES. (Cielos!...) (Aterrada.)
- CARLOS. (Bajo á Concha.) (Qué vas á decir?...)
- CONCHA. Que va su entierro á salir,
segun he visto, y quisiera...
(Fijándose en Pablo.)
No te asombre que me aflija!
como en tierra extraña está,
va sólo!... sólo!... y quizá
tendrá madre... ó tendrá hija!...
- PABLO. (Hija!... sí!) (Con reconcentrado dolor.)
- CARLOS. (A Concha.) (Basta!)
- MERCEDES. (Esforzándose cada vez más por sostener con serenidad la situacion.)
- (Ay de mí!)
- CONCHA. Ninguno en señal de luto
rinde el último tributo
al que se aleja de aquí!
(A Pablo.) Si vieras!... Me ha hecho llorar!...
tú le asististe...
- MERCEDES. (Gran Dios!...)
- CONCHA. (Señalando á Pablo y á Carlos.)
Si uno de vosotros dos
le quisiera acompañar!
- PABLO. Eh!...
- CARLOS. (Retirándola del lado de Pablo.)
Calla!
- CONCHA. Yo?...
- (Con natural sorpresa, viendo á todos conmovidos y sin comprender la situacion.)
- MERCEDES. (Sin poderse ya sostener.)
(Qué agonía!...)
- CONCHA. ¡Qué hay de malo en lo que hice!
- PABLO. (Y es *ella*... quien me lo dice!
- MERCEDES. (Cayendo sin sentido.)
Jesus!!...
- CARLOS. (Acercándose.) Madre!...

- CONCHA. (Acercándose. **Madre mia!**)
CARLOS. **Vuelve en tí!**
CONCHA. **Qué conmocion!**
PABLO. (Su misma culpa la hier!)
CONCHA. **Padre!... mi madre se muere!**
Ven aquí... por compasion!
(Concha, que al decir estos dos últimos versos, se habrá acercado á Pablo, le coge de la mano y se conduce al lado de Mercedes.)
PABLO. (Examinando á Mercedes.)
Oh!... Mercedes!... (Está fria!)
(Esforzándose por dominar la situacion y tranquilizar á Concha y á Carlos.)
No os afijais de ese modo!
CONCHA. (Abrazando con ternura á Mercedes.)
Yo soy la culpa de todo!...
Perdon!... perdon, madre mia!
CARLOS. (Cogiendo á Pablo de la mano y separándose un poco á un lado.)
(Padre!... tiemblo! su afeccion la mata!
PABLO. (Reprimiéndose.) **Cárlos!... ten calma.**
CARLOS. **Tú lloras!... Padre del alma!...**
PABLO. (Conmovido, echándose en sus brazos.)
Hijo de mi corazon!
(Reponiéndose y separándose de Carlos.)
Eh!... basta!
(Le indica con la accion que atienda á Mercedes, y Carlos se acerca á ella, sosteniéndola con Concha. Pablo, en medio de la escena, despues de contemplar el grupo que forman los tres, dice con reconcentrada amargura.)
(Si me ve así su afrenta descubriria!
(Luchando con sus ideas y haciendo un heróico esfuerzo para reprimirse.)
Ven á mi rostro... alegría!
dolor... retuércete aquí!!)
(Golpeándose en el pecho.)
(Mercedes, Concha y Carlos forman un grupo. Pablo, abatido por el dolor, queda en medio de la escena.)

CUADRO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

CARLOS examinando unos planos sobre una mesa ó velador.

PABLO aparece preocupado por la puerta de la derecha. (Es de noche.)

CARLOS. Veinte mil piés de terreno
y ademas la casa.

PABLO. (Sigue paseándose.) Qué haces?

CARLOS. Examinaba los planos
de la posesion que en Cádiz
tenemos. (Breve pausa.)

¿Dime, papá,
fué aquí donde proyectaste
establecer un asilo
ú hospital, cuando llegases
á adquirir una fortuna
con tu profesion?

PABLO. (Paseándose preocupado.) Sí.

CARLOS. (Viendo los planos.) ¿Sabes

que la posesion no puede
ser más bella? Buenos aires,
el terreno accidentado,
las aguas muy abundantes
y buenas, y sobre todo
tranquilidad envidiable!

PABLO. En la juventud se forman
mil ilusiones fugaces

CARLOS. que despues se desvanecen
como castillos de náipes.
Sin embargo, poseyendo
la finca es más realizable
el proyecto.

PABLO. Es natural,
más no creas que es tan fácil
la fundacion; mucho más
teniendo el doble carácter
de hospital y de refugio
de huérfanos pobres.

CARLOS. Grande
sería la institucion
si realizarla lograses!

PABLO. Ya no es posible.

CARLOS. Por qué?
yo la creia hoy más fácil
que nunca! Con el legado
que la señora de Bárnés
otorga en su testamento
con este objeto, y nombrándote
á tí su sólo albacea
y con amplias facultades
para invertirlo, pensé,
no sin razon, que tus planes
conseguirias.

PABLO. Es cierto
que ayudaria en gran parte
tan oportuno legado
mi proyecto, si contase
yo con algunos recursos,
como en mi ilusion constante
soñé un dia en que á la ciencia
rica creí. Mis afanes
no han podido mis deseos
satisfacer

CARLOS. ¿No dejaste
con este objeto una suma
en el Banco?

PABLO. Tiempo hace,
es verdad: pero esa suma,
sin otras que la acompañen,

es tan pobre!..

CARLOS.

Pobre?..

PABLO.

Sí.

Y es el proyecto tan grande!

CARLOS.

No eran esas mis noticias!

(Sonriéndose y en tono cariñoso y confidencial.)

PABLO.

Tú crees...

CARLOS.

Creo, inspirándome
en tus nobles sentimientos,
que esa idea que abrigaste
de amor y de caridad
hoy abandonas, fijándote
en deberes muy queridos
que tú jamás olvidaste.

PABLO.

No te comprendo.

CARLOS

Yo sé
que á costa de mil afanes
un buen padre como tú,
y sin decírselo á nadie,
piensa en dejar á sus hijos
algunos bienes. Tú sabes
que yo nada necesito,
pero... mi hermana...

(Con cariñoso temor.)

PABLO.

(Reconcentrando su pensamiento.) (Oh!)

CARLOS.

No extrañes

que así piense. Hoy la mujer,
—y mejor que yo lo sabes—
sin fortuna que á sus dotes
pueda unirse poco vale.

PABLO.

Por eso tú has procurado...
Fuerza es que te desengañes:
muy poco ó nada poseo.

CARLOS.

Ya confiesas... (En tono cariñoso.)
(Movimiento negativo y de disgusto en Pablo.)

No te enfades
porque así haya adivinado
tus secretos.

PABLO.

Muy mal haces
en creerlo así.

CARLOS.

(Con marcada intencion.) Lo creo,
porque al mirar á ese angel

de inocencia... que su dicha
cifra tan sólo en amarte,
no es posible en tu bondad
cariñosa, que olvidases
así á la que siempre fué
tu encanto!

PABLO. (Reprimiendo su dolor.) Cárlos!.. Acabe
esta discusion.

CARLOS. No insisto...

PABLO. Bien haces. (Sigue paseando.)

CARLOS. (¡Perdona, padre,
que hiera tu corazon
con estas sentidas frases,
pero es preciso!.. El deber,
que guía tambien mis planes,
así me lo ordena!) (Pausa.) ¡Has visto
esta noche ya á mi madre?

PABLO. Aún no.

CARLOS. Deseaba...

(Señalando su alcoba, que se supone á la izquierda.)

PABLO. Voy...

CARLOS. Si quieres que te acompañe?..

PABLO. Para qué?.. no es necesario.

(Váse por la izquierda.)

CARLOS. Pobre padre... y pobre madre!

(Breve pausa.)

Fuerza es de esta situacion
salir pronto, á todo trance!

Quizá si logro mi intento
ponga fin á tantos males!

Ese dinero de Concha
es la sombra formidable
que se levanta traidora
entre mi hermana y mi padre!

Yo haré lo que debo hacer!

Cómo?... Es un paso tan grave!...

(Asaltado por una buena idea al ver á Concha en
la puerta.)

(Ah! qué idea!... ¡Si ella misma
le ofreciera!... si!... ¡Inspiradme,
Dios mio!)

ESCENA II.

CARLOS y CONCHA, por la izquierda.

CARLOS.

Concha...

CONCHA.

¿Tú aquí!

CARLOS.

Y mamá?

CONCHA.

Vengo de darle
la medicina. ¡La encuentro
mucho mejor! ¡Esta tarde
nos dió un susto!...

CARLOS.

Duerme?

CONCHA.

No:

ha estado tranquila hablándome.
¡Dice unas cosas tan tristes
que dan pena!

CARLOS.

(Pobre madre!)

CONCHA.

Asegura que su estado,
aunque lo duden, es grave.
Eso no es cierto, verdad?

CARLOS.

No temas; como es tan grande
su debilidad, sin duda
de eso su tristeza nace.

CONCHA.

Dios lo quiera! (Breve pausa.)

CARLOS.

Mira, Concha...
tenemos que hablar.—Ya sabes
que papá... sufre un extraño
malestar...

CONCHA.

Sí: tiempo hace;
bien lo noto, y, bien lamento
no acertar á consolarle.
Desde hace un mes no es el mismo:
ha cambiado su carácter
tan por completo, que en nada
recuerda lo que era ántes.
Se pasa sólo la vida;
no le gusta ver á nadie;
lo que ántes le distraía
hoy aviva sus pesares;
y rechazando mis besos,
sin ver el mal que me hace,

parece que su cariño
se trocó en odio implacable.
Es la verdad!... ¡Cuántas lágrimas
me ha costado cerciorarme!

CARLOS.

En hombres, como papá,
dados á estudios tan graves,
esas son nubes que pasan
mientras más terribles ántes.
Si tú me ayudas, muy pronto
lograremos consolarle.

CONCHA.

De véras? (Con alegría.)

CARLOS.

Te lo aseguro.

CONCHA.

Entonces habla al instante.

CARLOS.

Escúchame bien; papá
tuvo, allá en sus mocedades,
proyecto de construir,
cuando con medios contase,
un asilo para huérfanos
en la posesion que en Cádiz
tenemos.

CONCHA.

Sí: lo recuerdo.

CARLOS.

Pues bien; si ahora se lograse
que pusiese su proyecto
por obra, cosa muy fácil,
tal vez así lograría
distraerse y animarse.
En eso estriba mi plan.

CONCHA.

Mas como?...

CARLOS.

Deja que acabe.

Papá tiene, lo se bien,
—no porque él me lo contase—
una pequeña fortuna,
que juntó con mil afanes,
y que es tu herencia.

CONCHA.

Mi herencia?

CARLOS.

No creas que es cosa grande,
son... unos treinta mil duros.

CONCHA.

Pero... tú tambien...

CARLOS.

No: él sabe

que soy rico: piensa en tí
solamente; no te extrañe...

CONCHA.

No comprendo tu intencion.

- CARLOS. Ya verás: vas á rogarle
que ese dinero que guarda
para tí, desde este instante
lo dedique á ese hospital
que fué objeto de sus planes.
- CONCHA. Bien. (Con alegría.)
- CARLOS. Y en cambio le dirás
que yo te cedo gran parte
de mi fortuna.
- CONCHA. (Rechazándolo.) ¡Es que yo
no exijo!...
- CARLOS. Tómalo y cállate.
- CONCHA. ¡Pero eso es mucho dinero
y yo no quiero privarte!...
- CARLOS. (Con mucho cariño.)
¡Pues compartimos de niños
el amor de nuestros padres,
partamos nuestra fortuna,
que al partirla en dos mitades
en vez de ser más pequeña
nuestro amor la hará más grande!
(Se abrazan: breve pausa.)
Conque no olvides...
- CONCHA. Ya sé.
- CARLOS. ¡Que no dejes de mostrarte
cariñosa!
- CONCHA. Como siempre!
- CARLOS. Primero, cuando le hables,
procura con tus caricias
en tu favor prepararle.
- CONCHA. No temas.
- CARLOS. Mira: allí viene.
(Señalando la puerta de la izquierda.)
Te dejo á solas hablarle.
Procura...
- CONCHA. Ya lo sé todo.
- CARLOS. Bésale!
- CONCHA. ¡No he de besarle!
- CARLOS. Cariño...
- CONCHA. Suyo es el mio!
- CARLOS. Halagos...
- CONCHA. Cuantos alcance!

CARLOS. Amor...

CONCHA. ¡No me encargues tanto
lo que en el alma me nace!

(Cárlas la da un beso en la frente, con fraternal
carifio, y se retira por la derecha.)

ESCENA III.

CONCHA; despues PABLO, por la izquierda.

CONCHA. ¡Qué no haré yo, si es su amor
el que defiendo!

(Acercándose con timidez á Pablo, que aparece
en la puerta.)

Ah!... Papá!...

Cómo encuentras á mamá?

¡Parece que está mejor,
verdad?

PABLO. (Con seriedad.) Sí.

CONCHA. (Con temor.) De una manera
lo dices!...

PABLO. Por qué te extrañas?...

CONCHA. Porque... creo que me engañas!
(Con cariñoso sentimiento.)

PABLO. Yo?... no.

CONCHA. Que no?... Dios lo quiera!
(Atreverme no consigo!...)

Te estorbo?... (Con ternura y timidez.)

PABLO. (Mirándola con profundo sentimiento.)

No.

CONCHA. (Con alegría.) (Me ha mirado!...)

—Entónces... si no te enfado
hablaré un rato contigo.

Quisiera estar junto á tí!...

PABLO. Bien.

CONCHA. (Enternecida y acercándose á Pablo.)

¡Gracias!...

PABLO. Por qué ese llanto?

CONCHA. ¡Hace tanto tiempo... tanto
que no estoy contigo así!

PABLO. (Oh!)

CONCHA. Y en verdad que no sé

por qué me das al olvido :
yo á tí siempre te he querido
como á ninguno querré!
¿Por qué no decirlo así
si en tu cariño confío?
Por qué?... .

(Con cariñosa expresión, al ver que Pablo ya no
la rechaza tanto.)

¿Verdad, papá mio,
que tú me quieres á mí!...

PABLO.
CONCHA.

Concha!... (Luchando con sus ideas.)
Como ántes me amabas!

como siempre me has amado!
¿Si vieras cuánto he llorado
pensando que me olvidabas!
¿Qué interminable agonía
en este tiempo he sufrido!
Hasta ahora no he comprendido
lo mucho que te quería!
Porque al mirar tu rigor
era tal mi desvarío,
que á la par de tu desvío
iba creciendo mi amor!
Y es que en el mundo quizás,
los que son al mal agenos,
cuando deben querer ménos
casi siempre quieren más!

PABLO.
CONCHA.
PABLO.

Si!... dices bien!... no es error!
Verdad? (Con cariño.)

(Oh!... ¡cómo no amarla!
¿Si cuanto más quiero odiarla
más me conmueve su amor!)

CONCHA.

Me causa tanta alegría
junto á tí volverme á ver!
Yo pensé que ese placer
ya nunca más sentiría!
Así nuestra vida entera
ántes pasó venturosa!...

(Con inocente y cariñoso temor.)

Sólo nos falta una cosa
para ser... lo que ántes era!

PABLO.

(Con recelo.)

CONCHA. ¿Qué quieres decir con eso?
Qué quiero?.. ¿no lo supones?
Antes nuestras discusiones
empezaban... con un beso!

PABLO. (Oh!... ¿qué es esta agitacion
en que mi pecho se abrasa!
¡Un beso!... no!... el beso pasa
de la frente al corazon;
y puede mi amor tenaz
mirar su cárcel abierta!...
¡que amor que duerme, despierta
si un beso turba su paz!)

CONCHA. ¡Ya te enojaste de nuevo!...

PABLO. No tal. (Disimulando su turbacion.)

CONCHA. Siento incomodarte...
porque yo... venía á hablarte
de una cosa, y no me atrevo!

PABLO. Cuál es!

CONCHA. Me miras de un modo...
que, la verdad, no quisiera...
¡Mírame de otra manera
y podré decirlo todo!

PABLO. Habla.

CONCHA. Nosotros bien vemos
que estás triste.

PABLO. (Qué ansiedad!)

CONCHA. Y viéndolo... la verdad!
que te distraigas queremos.
Tú quisiste, al ver fundados
otros de origen igual,
construir un hospital
de niños abandonados.
Hazlo, y verás que un dia
harás tu dicha tambien:
¿ocupado en hacer bien
no ha de volver tu alegría?
Eso no es posible.

PABLO. No?

CONCHA. Quizá haya un medio!...

PABLO. No tal.

Eso exige un capital
con el que no cuento yo.

- CONCHA. Perdona mi impertinencia,
pero hay manera...
- PABLO. Ninguna.
- CONCHA. Sí que la hay!
- PABLO. No.
- CONCHA. La fortuna
que guardas para mi herencia.
- PABLO. (Fuera de sí.) ¿Quién te ha dicho!...
- CONCHA. ¿No supones...
- PABLO. Dí!...
- CONCHA. Carlos.
- PABLO. (Aterrado.) (¡Sabe mi estado!)
- CONCHA. Sí: todo lo que has ahorrado
á costa de privaciones.
Lo guardas de años atras.
- PABLO. (Él piensa!... mi duda acabe!
No lo sabe!... no lo sabe!
Que no lo sepa jamás!)
- CONCHA. Ya ves tú, que siendo así
logras tu bello idea!
destinando á ese hospital
lo que iba á ser para mí.
- PABLO. (Oh!...)
- CONCHA. No hay pérdida ninguna
en eso! si yo he ganado!
mi hermano en cambio me ha dado
la mitad de su fortuna!
Guarda, pues, lo que él me dió
y que á tí sólo confío,
y con lo que iba á ser mio
haz lo que te ruego yo!
- PABLO. (Reprimiendo su conmocion.)
(Oh!... Dios la inspira!... Ella así
mi voluntad avasalla!)
- CONCHA.. Aceptas?...
- (Notando la turbacion de Pablo.)
¡Tú lloras!...
- PABLO. Calla!
- CONCHA. ¡Tu llanto dice que sí! (Con alegría.)
(Pablo conmovido.)
- PABLO. (Evita mi humillacion
y aun la quiero aborrecer!...

CONCHA.

¡Cómo ha podido nacer
un ángel de una traición!)
No pugnes por sofocar
tu llanto como otros días!
¡Si tus lágrimas son mías
por qué las has de ocultar!
Me hacen más bien que supones!
Lloremos... pero sin pena!
que este llanto es la cadena
que une nuestros corazones!
Déjalo libre correr
para que en tu dicha crea!
Bendito... bendito sea
este llanto de placer!
Así calmas mi aflicción,
porque, aunque tú no lo infieres,
él me dice que me quieres
con todo tu corazón!
No es verdad? me quieres tanto
que así mi pena mitigas!
(Pablo sigue esforzándose en reprimir sus sentimientos.)
Lo sé muy bien!... No lo digas!
¡si ya lo dice tu llanto!
Voy á mi madre á anunciar
tu cariño y mi alegría!
Vuelvo pronto!...—¡Madre mia...
cómo te vas á alegrar!
(Váse corriendo por la izquierda.)

ESCENA IV.

PABLO.

¡Lágrimas de redención,
franca la senda teneis!
¡libres sois!... ¡ya no cabeis
dentro de mi corazón!
(Pausa.—Lucha con sus ideas.)
¡Y aún este anhelo insensato
me grita... "piensa en tu honor!"
¡Amarla me da rubor...

y al no amarla fuera ingrato!

Nada aplaca mi tormento
ni nada mis dudas calma!

(Con viva expresion.)

¿Por qué Dios puso en mi alma
este tenaz sentimiento! (Pausa.)

—¿La debo yo aborrecer
por hija de la perjura?...

¿Ella escogió, por ventura,
ser hija suya al nacer?

No fué la fatalidad?...

Si así culpo al inocente

¿qué dejo al que es delincuente

por su propia voluntad? (Breve pausa.)

Mas cómo mi amor proclamo?

¿Y cómo vencerle espero!

No es hija mia... y la quiero!

Es mi deshonra... y la amo!

Dios formó la simpatía

que nos enlaza á los dos...

¡y la voluntad de Dios

es más fuerte que la mia!

¡Oh! sí! ni el mundo traidor,

ni la costumbre que impera,

ni la deshonra siquiera

dictan leyes al amor!

Dios, del alma en lo profundo,

lo puso para consuelo!...

¡y lo que nació del cielo

no admite leyes del mundo! (Pausa.)

—¡Pobre niña!... Si supiera

su origen!... qué insensatez!

Pronto... muy pronto tal vez

sola en el mundo se viera!

De su madre la afeccion

es grave: no, no es demencia!

en vano luchan la ciencia

y el rebelde corazon!

Que miéntras su mal avanza

y mi razon desvaría

su estado de dia en dia

cierra el paso á la esperanza!

—Y Concha?... ¿qué será de ella
sin su madre?... Oh!... desgraciada!
Tan buena... y abandonada!
tan infeliz y tan bella!
¿Debo yo dejarla así?...
No fuera torpe delito?...
¡Amor... ó acalla tu grito
ó hazte superior á mí!

ESCENA V.

PABLO y CONCHA por la izquierda, saliendo muy agitada.

CONCHA. ¡Papá!...

PABLO. ¿Qué es eso?

CONCHA. (Sin poder casi hablar.) No sé!...

PABLO. Habla!...

CONCHA. Me abate el temor!...

Mamá... se ha puesto peor!

PABLO. Qué dices?... explícate!

CONCHA. Estaba... allí... en su aposento,
con Carlos...

(Señalando la alcoba.)

PABLO. Qué ha sucedido?

CONCHA. Y á decirle lo ocurrido
llegué, loca de contento!
La dije que ya me habia
ganado tu corazon,
y al contarle tu pasion
fué tan grande su alegría
que... ya lo ves!... vengo helada
de terror!... Oh!... yo hice mal!...

—Su palidez es mortal!
está convulsa... agitada!

PABLO. Oh!... (Aterrado.)

CONCHA. Luégo perdió el sentido!

PABLO. Y ahora?...

CONCHA. Rompió en triste llanto!
Mas si vieras!... ¡causa espanto
su aspecto!

PABLO. (Dios lo ha querido!)

CONCHA. Papá!... yo estoy aterrada!

- PABLO. (Pobre niña!... me dá pena!...
Ya no la quiero por buena!...
la quiero por desgraciada!)
- CONCHA. Vamos, pronto...
(Cogiendo á Pablo de la mano.)
- PABLO. Sí
(Se dirigen hácia la puerta de la izquierda, y de pronto se detienen mirando hácia el interior.)
- CONCHA. Ah! mamá!...
mira!...
- PABLO. (Aterrado.) (Gran Dios!... de qué modo!
Su rostro lo dice todo!...)
(Dominado por su conmocion, abraza á Concha con amor, dándola un beso en la frente — Mercedes y Carlos aparecen en la puerta de la izquierda.)
Concha!...
- CONCHA. (Echándose en sus brazos con ternura.)
Ah! gracias, papá!
(Mercedes, sostenida por Carlos, apenas puede contener su emocion al ver á Pablo abrazado á Concha.)

ESCENA VI.

CONCHA, PABLO, MERCEDES y CARLOS.

- CARLOS. (Desde la puerta, sosteniendo á Mercedes, que aparece muy abatida.)
Tén más ánimo!
- MERCEDES. (Ay de mí!)
- CONCHA. (Corriendo hácia á ella.)
Mamá!...
- MERCEDES. Concha!...
- PABLO. (Habrá escuchado?...)
(Queda abatido contemplando á Mercedes y á Concha)
- CONCHA. (Besando á Mercedes con alegría.)
¡Este beso que me ha dado
me lo manda para tí!
- MERCEDES. Ah! (Abrazándola y besándola.)
- CARLOS. Te agitas!... (A Mercedes.)
- MERCEDES. ¡Junto á ella

- dejadme!... Yo lo deseo!...
(Contemplando á Concha.)
¡Aunque entre sombras te veo
me pareces aún tan bella!
Serénate!...
- CARLOS.
CONCHA. Ven aquí...
(Acompañándola hácia el confidente.)
PABLO. (Infeliz!...)
CONCHA. Papá te espera!
MERCEDES. Él!...
- PABLO. Sí. (Acercándose maquinalmente.)
MERCEDES. Gracias!... No quisiera...
CONCHA. Apóyate en él... y en mí!
MERCEDES. Ah!... (Con temor de que la rechace.)
CONCHA. No le molestas, no!
Si papá te quiere mucho!
No es cierto? (A Pablo.)
- PABLO. (Abatido.) Sí.
CONCHA. (A Mercedes.) Oyes?
MERCEDES. (Qué escucho?...)
CONCHA. Cuando te lo digo yo!
(Mercedes se apoya en Pablo, cerca ya del confidente)
- CARLOS. (Queriendo separar á Concha.)
(Concha...)
- CONCHA. Deja!... si es verdad!
CARLOS. Calla!
CONCHA. No!...
- CARLOS. Cesa en tu empeño!
MERCEDES. (Haz, Dios mio, que este sueño
se convierta en realidad!)
PABLO. (Cuánto sufre!)
(Acercándose al confidente.)
Sientaté.
(Sentándose junto á ella para sostenerla.)
- MERCEDES. (Con alegre expresion al verle á su lado.)
¡Tú á mi lado!...
- PABLO. (Conmovido.) Yo á tu lado!
MERCEDES. Pablo!... (Mirándole con amor.)
PABLO. (Me aterra su estado!)
CARLOS. (Muy bajo á Concha, queriéndosela llevar fuera
de allí.)

(Ven, Concha!...

CONCHA. No!... déjame!

CARLOS. Ven!... tu terquedad no impida
su dicha!

CONCHA. (Con viva expresion.) Calla, por Dios!
¡Si por el bien de los dos
diera yo toda mi vida!)

(Cárlos y Concha se retiran lentamente por la de-
recha.)

ESCENA VII.

PABLO y MERCEDES.

MERCEDES. (Con débil y fatigosa respiracion.)
Pablo... te quisiera hablar
quizá por la vez postrera...
(Sensacion en Pablo)

No podria, aunque quisiera,
estos recuerdos borrar!

Quizá evoque tu dolor,
mas mi estado me disculpa.

Pablo... grande fué mi culpa,
pero es mi pena mayor!

PABLO. Calla!...

MERCEDES. Callarlo no es bien:

te lo juro... no mentí;

porque al decírtelo á tí

se lo digo á Dios tambien!

Pronto cuentas le he de dar

de lo que hoy es mi quebranto!

PABLO. Mercedes... (Fria!... Dios santo!...)

(Cogiéndola la mano.)

Basta!

MERCEDES. No: déjame hablar.

PABLO. Serenaté.

MERCEDES. Piedad ten

de la que así te olvidaba!...

Pablo... mi vida se acaba!...

se acaba, sí!... lo sé bien...

En tan solemne ocasion

nada quiero... nada exijo!

- Vive feliz con tu hijo!...
esa es mi sola ambicion!
- PABLO. Oh! (Enternecido.)
- MERCEDES. (Con sentida expresion.)
Pero, mira!... tambien
en abandono profundo
queda una niña en el mundo
sin amparo y sin sosten!
- PABLO. Concha! (Con aficcion.)
- MERCEDES. Sí!... todo su amor
lo cifra en tí solamente!
Tú sabes que es inocente!
tú conoces su candor!
No la abandones! Tal vez
premie tu bondad el cielo!
ella será tu consuelo!
el ángel de tu vejez!
Verdad que la has de amparar?
verdad que no es desvario?
Díme que sí, Pablo mio!
que yo lo llegue á escuchar!
- PABLO. Sí! (Con profunda emocion.)
- MERCEDES. ¡Qué has dicho!... ¡Sueño yo!
Habla!
- PABLO. Tu ansiedad mitiga!
- MERCEDES. Ah!... gracias!— Muerte enemiga
ya no te temo!.. ya no!
- PABLO. Oh!..
- MERCEDES. No merezco perdon!
Hable tu amor en mi abono!
Me perdonas?
- PABLO. (Con vivo sentimiento.) Te perdono...
con todo mi corazon!
- MERCEDES. Pablo!!
- PABLO. Sí, Mercedes mia!
ya te lo puedo decir!
- MERCEDES. Y yo... ya puedo morir!
- PABLO. Si esto endulza tu agonía,
oye... escucha mi pasion!
Te amo!
- MERCEDES. Tú!..
- PABLO. Sí! Dios lo sabe!

Ya este secreto no cabe
en mi roto corazón!
Quiero que tu alma reciba
dicha tan consoladora!
Siempre te amé!.. te amo ahora
y te amaré mientras viva!
¡La muerte con golpe fiero
romper intenta estos lazos,
y te ha de hallar en mis brazos
diciéndote... ¡que te quiero!!

MERCEDES. Oh!... Pablo!

(Tendiéndole los brazos con tierno amor.—Transición rápida.)

—Me ahogo!.. Dios mío!

(Luchando con su agonía.)

Aire!... —Mis hijos!... Aquí!

PABLO. (Llamándolos.)

Carlos... Concha! Vendrán: sí!

MERCEDES. Pronto!... No... no desvarío!

— Que ellos sean tu alegría!

Vela... por Concha!

PABLO. (Queriendo animarla con su cariño.)

Ten calma!...

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS; CONCHA y CARLOS saliendo precipitadamente por la derecha y dirigiéndose á Mercedes.

CARLOS. Madre!

CONCHA. Madre de mi alma!

PABLO. (Abrazando con delirio á Concha.)

¡Concha!...

(Marcándolo mucho.)

¡Hija mía!... ¡Hija mía!!

(Bajo á Mercedes con viva y sentida expresión)

(¡Lo has oído!... ¡Lo has oído!...

MERCEDES. Sí... Pablo!) (Con alegría.)

CARLOS. Madre!

CONCHA. Qué espanto!

(Fijándose en Mercedes.)

MERCEDES. (Abrazando á sus hijos)

CONCHA. Soy feliz! (Muere.)
 Jesús!
PABLO. Dios santo!...
CARLOS. Muerta!
PABLO. Sí!... (Dios lo ha querido!)
CONCHA. Madre!...
 (Levantándose delirante y recorriendo la escena
 con locura)
 Si no puede ser!...
PABLO. Hija!..
CONCHA. (Arrojándose en sus brazos.)
 Ay!... padre!...
CARLOS. (Abrazando á Mercedes.) Suerte fiera!
PABLO. (Con loco arrebató)
 (Diga el mundo lo que quiera!...
 Al fin la puedo querer!)

CUADRO.

FIN DEL DRAMA.

La interpretacion de esta obra ha sido admirable.

Elisa Mendoza Tenorio y Antonio Vico, verdaderas glorias de nuestra escena, estuvieron en ella á la altura de su envidiable reputacion.

La Sra. Marin y el Sr. Calvo (D. Ricardo) completaron el cuadro, rivalizando todos en interés y acierto en el desempeño de sus respectivos papeles.

El público así se lo demostró con sus repetidos aplausos, y el autor aprovecha esta ocasion de ofrecerles cariñosamente el testimonio de su gratitud.

OBRAS DRAMATICAS

DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

- ✕ EL ESCLAVO DE SU CULPA.—Comedia en tres actos y en verso.
 - ✕ GRANDEZAS HUMANAS.—Comedia en tres actos y en verso.
 - ✕ EL CASINO.—Drama en tres actos y en verso.
 - ✕ SALIRSE DE SU ESFERA.—Comedia en dos actos y en verso (1).
 - ✕ QUE USTEDES LO PASEN BIEN.—Comedia en un acto y en verso (2).
 - SOBRE QUIÉN VIENE EL CASTIGO.—Drama en tres actos y en verso.
 - ✕ ¡AY QUÉ TIO!—Comedia en dos actos y en verso (3).
 - LA NOCHE ÁNTES.—Monólogo en un acto y en verso.
 - ✕ *Juan Perez, comedia en tres actos y en prosa (4)*
 - ✕ *Despertar en la sombra, drama en tres actos y en verso*
- (1) En colaboracion con Moreno Gil, bajo el seudónimo de Gonzalez y Goimerino.
- (2) Idem id. id.
- (3) Idem id. id.
- (4) *En colaboracion con D. José Campo Arano*





